

# El Ruedo



1<sup>50</sup>  
Pts

... SUPLEMENTO ...



Los cambios de Reverte.  
(Dibujo de Perea)

# El Ruedo

En este número:

## Tienda de reses en El Quintillo

Angel Luis BIENVENIDA  
y PAQUITO CASADO, que  
tomaron parte en la  
tienda de reses bravas  
de la ganadería de  
DON JUAN JOSE CRUZ

(Información en las páginas 20 y 21)

(Foto MARI)



SUERTES DEL TOREO

# UN PAR DE BANDERILLAS

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**H**ACE unas semanas mi "pregón" fué una especie de acto de contrición y una llamada a la concordia. Es sabido que donde la pasión se impone, el conocimiento y la razón se ausentan, y que si es precisamente la pasión característica de la fiesta, no es posible convertir al público de toros, con tan ingenua llamada como ésta, en una masa reverente, nodosa y bien avenida; pero sí es probable su evolución hacia una postura inteligente, y en conseguirla debemos poner cuantos escribimos de toros, nuestra me-

yor voluntad. Cualquiera puede darse cuenta de que se acerca la temporada bajo dos signos bien contrarios, y, por tanto, difíciles de conciliar: la protesta airada del toro chico y el entusiasmo por los grandes diestros.

La campaña invernal de escritores y críticos, a la que aporté mi granito de arena —me acuso otra vez—, se centró en el toro, que, según opiniones autorizadas, fué en la temporada última más chico y más joven que nunca. Por lo leído y oído este invierno, sólo vimos "ratas", "monas", "cucarachas", novillejos famélicos y becerros inválidos, sin que nadie acierte a explicarse cómo con tales elementos pudieron llegar algunos diestros a obtener la máxima consagración entre los públicos y a merecer los ditirámicos elogios de la crítica, de la misma crítica que ahora juzga irreconciliable la pequeñez del toro con la grandza del torero.

Mientras en las dehesas sólo existen, al decir de los más —pese a la contraria afirmación de unos datos casi oficiales que se han hecho públicos—, toros muy jóvenes y depauperados, que los aficionados tienen ganas de protestar, hay una hermosa baraja de diestros con muchos ases que los mismos aficionados están deseando aplaudir.

La contradicción es evidente y, por tanto, el peligro, máximo. En los instantes de pasión las injusticias se cometerán por sectores. Los "istas A" estarán frente a los "istas B", con el pretexto del toro que unos y otros "istas" verán grande o chico, según quien lo toree. Y conste que los "istas" florecerán, desgraciada y peligrosamente, como hongos en esta temporada, o si no, al tiempo.

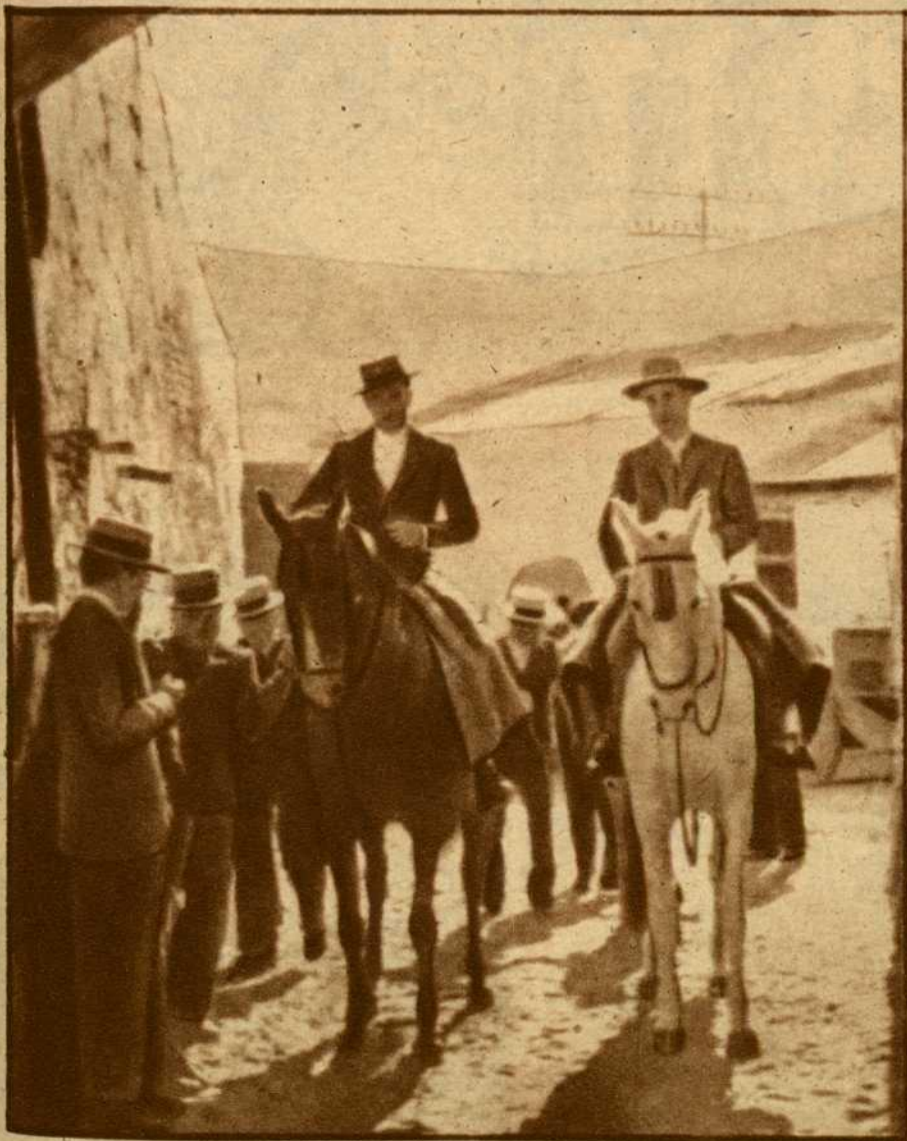
¿Y hay algún remedio para evitar todo esto, señor mío?

Pues verán ustedes: si lo del toro chico es irremediable, como dicen, (porque no pueden improvisarse cincoefios de treinta arrobas, y es también irremediable la presencia de tantos fenómenos como nos anuncian, sólo queda a seguir un sistema fácil, al que más de una vez me referí en este lugar: *pesar los toros en vivo y hacer públicos los resultados.*

No es que crea que con esta sencilla medida se arreglaría todo; pero sí estoy seguro de que contribuiría eficazmente a conseguir dos cosas: una, mayor objetividad del público, que sabría a qué atenerse sobre ese extremo de los "seis hermosos" y escogidos toros que se anuncian en cartel, y otra, arrebatar a plumas apasionadas el pretexto para encumbrar ídolos —porque al hacerlo no hablan del toro— o para derrocarlos —porque entonces sí saben que el toro es un becerro recién destetado—, cuando lo que todos sabemos con absoluta certeza es que los lotes de toros se hacen con riguroso criterio de igualdad, porque es la suerte quien después adjudica a cada diestro el suyo.

Y si todo esto es así, resulta una irritante injusticia que a unos diestros se les llame becerristas y a otros fenómenos.

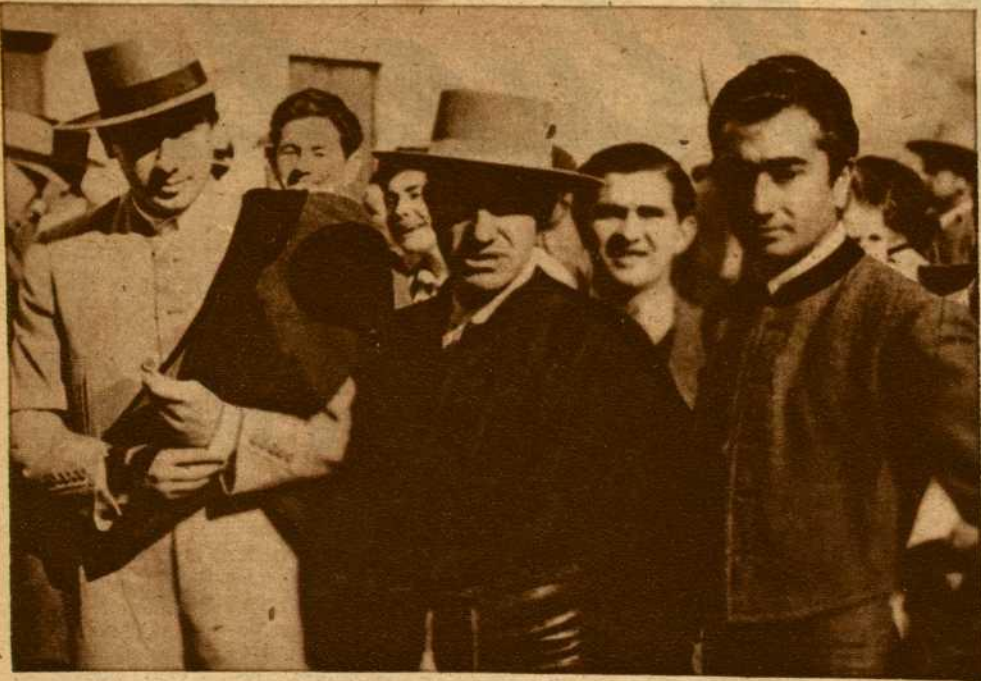
Año II — Madrid, 21 de febrero de 1945 — Núm. 37



EN ESTE NUMERO:

FESTIVAL BENEFICO EN UTRERA.—Juan Belmonte y Alvaro Domecq, que en unión de Manolo Martín Vázquez, Andaluz, Albaicín, Juanito Doblado y Niño de la Palma (hijo), tomaron parte en el festival del domingo celebrado en Utrera a beneficio de las Escuelas gratuitas de San Diego. (Información en las páginas 4 y 5.) (Fotos Arenas.)

# Festival en Ultrera a beneficio de las Escuelas gratuitas de San Diego



Manolo Martín Vázquez, Juan Belmonte y Albaicín, en el festival a beneficio de las Escuelas gratuitas de San Diego



Alvaro Domecq conversando con Juan y Pepe Belmonte



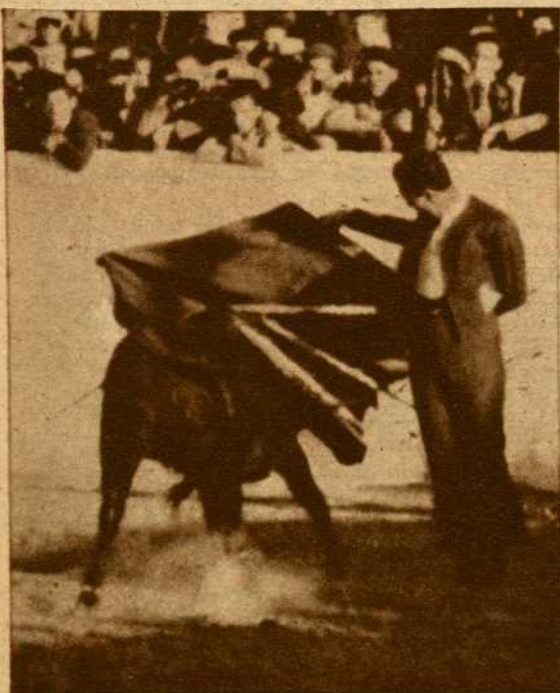
Juanito Doblado, en un lance de capa al novillo del que cortó la oreja



Las cuadrillas —al frente de ellas, Juan Belmonte y Alvaro Domecq— haciendo el paseo en el festival a beneficio de las Escuelas de San Diego



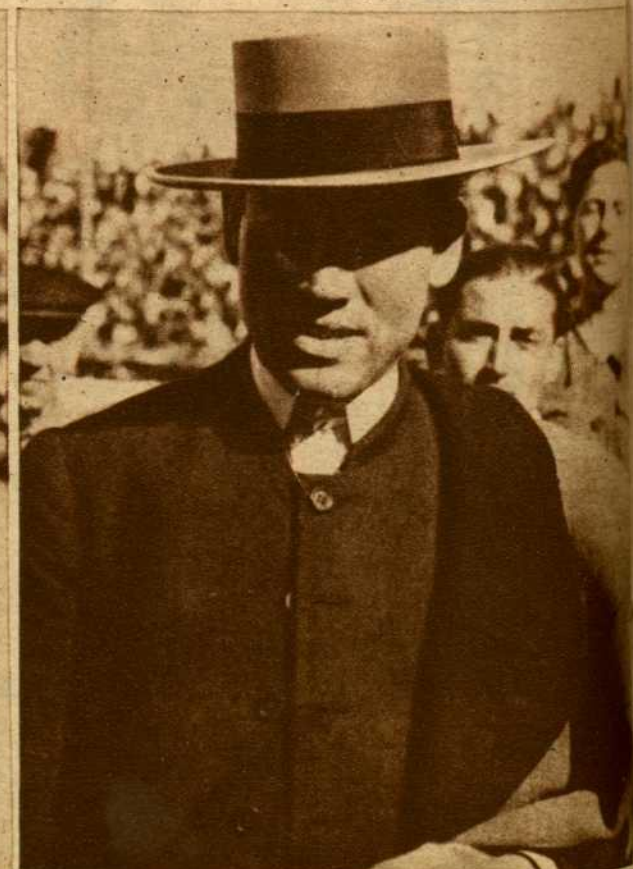
Alvaro Domecq, después de cortar las dos orejas y el rabo del novillo que rejoneó, recogiendo los aplausos de los aficionados



Manolo Martín Vázquez toreando por manoletinas a su novillo



Manolo Martín Vázquez

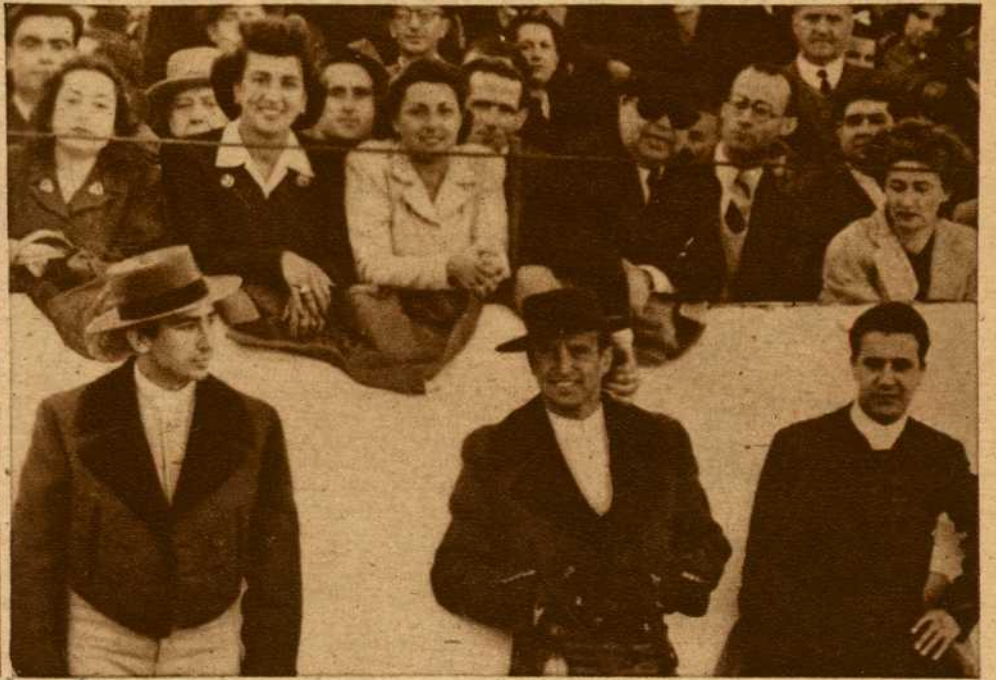


Manuel Alvarez (Andaluz)

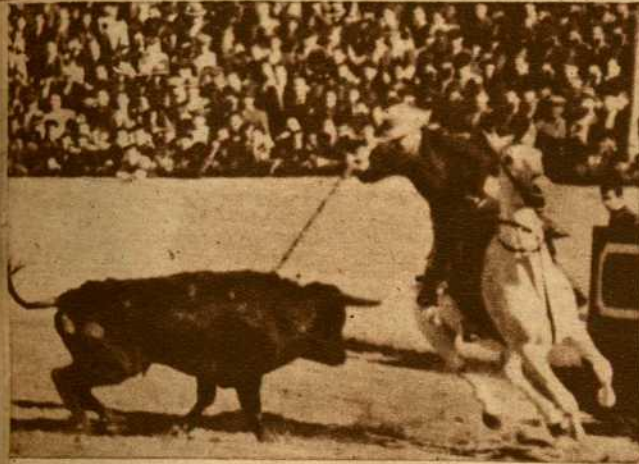
**Juan Belmonte, Alvaro Domecq, Manolo Martín Vázquez, Andaluz, Albaicín, Juanito Doblado y Niño de la Palma (hijo)**



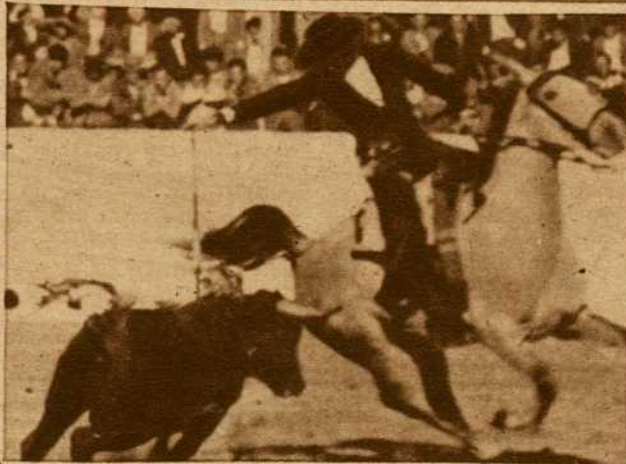
Martín Vázquez y Albaicín, momentos antes de dar comienzo el festival taurino



Alvaro Domecq y Manolo Martín Vázquez presenciando la actuación de sus compañeros



Juan Belmonte clavando magníficamente un rejón con su peculiar maestría



Alvaro Domecq esquivando limpiamente la embestida del novillo, a la vez que clava en todo lo alto un rejón



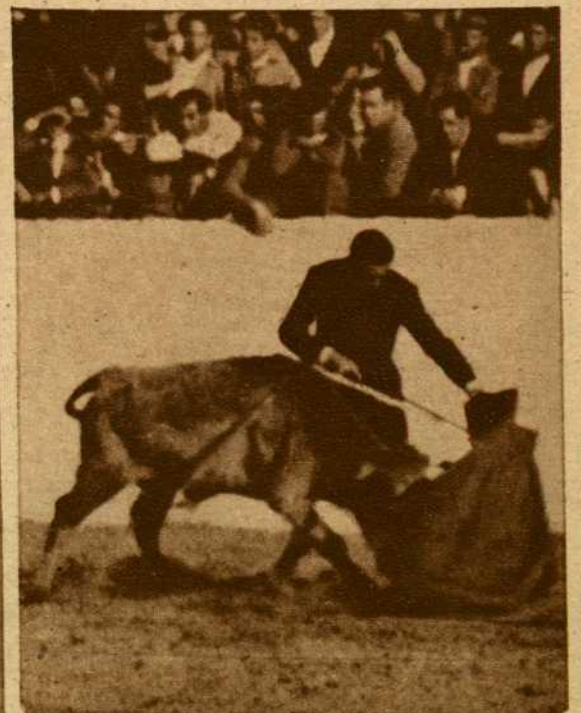
Niño de la Palma (hijo) toreando de muleta



Juanito Doblado



Niño de la Palma (hijo)



Manuel Alvarez (Andaluz) toreando por naturales (Fotos Arenas.)

## SIN VISTO BUENO

# SEÑOR AFICIONADO...

Por EL CACHETERO



¿Vé creía usted, que no iba a llegarle el turno? Apuesto cualquier cosa que al leer mi último artículo usted lanzó un suspiro de alivio. «Hé aquí —se diría para sus adentros— que el señor Cachetero está cansado, tiene ganas de acabar sus escritos, que empiece la temporada de una vez, para dejarse de augurar males y ponerse a relatarlos simplemente, en lo que por lo menos hallará las ventajas inherentes al cambio de postura y compás. Y he aquí —añadiría— que durante todo el invierno no ha aludido al público sino de pasada. Entre que se cansa, entre que pronto comenzarán a vestirse ya trajes de luces por ahí y habida cuenta que una o dos veces ha declarado que piensa dedicar especial comentario a la Plaza madrileña, parece que se saldrá de rositas». Pues nada de eso, amigo aficionado, nada de eso. Esta

es la hora de señalarle a usted, por si se reconoce, y no digamos por si se enmienda.

La afición por antonomasia, el público de la Plaza de Madrid —porque antes, más o menos, se confundían ambos términos—, está compuesta de dos partes. Una, los veintitantos mil seres que la pueden llenar, a poco que el cartel haga guiños a la afición antes de la corrida. La otra, única, unipersonal e inexplicable, la forma el señor Manzano, a quien desde aquí presento todos mis respetos. Este señor Manzano es —aclaremos— nuestro fotógrafo, que a mi lado no se pierde el más mínimo festejo, persona impar y excepcional en su porte y en la manera tan propia de enfrentarse con el espectáculo taurino. Si un marciano armado de Leica se posase sobre el tendido, dudo que adoptase un aire tan simpáticamente ausente, tan agorramente desentendido de todo que el gran Manzano, cuya compañía reputo como uno de los mejores alicientes que para mí tiene la Plaza de Madrid. Quizá me haya extendido en su diseño, pero la honradez más escrupulosa me obliga a declarar que él está aparte de todo lo que a la afición y aun al público pueda referirse. Nada de lo que se diga puede ni debe rozarlo. La conjunción de su órbita con el espectáculo de los toros se reduce a sacar sus fotografías y a augurar tostonos con rara infalibilidad. El resto de su conexión es uno de los misterios más apasionantes de la Naturaleza. Si a Manzano le gustan o no los toros, y la opinión de Manzano sobre la fiesta en abstracto y en detalle, no puede saberse. Creo que se está perdiendo el reportaje taurino más sensacional del año. Ya lo sabe usted, señor director.

Pero existe la otra mitad, o sea la totalidad del público, menos esa grave excepción señalada. Bien está que la culpa, la tenga quien la tenga, y creo que yo ya he señalado lo posible por donde paraba, a mi juicio; pero el público está ejerciendo un almorjafazgo de la conformidad y la sanción, y no cobrándolo sino pagándolo en el fabuloso precio de las entradas, que, la verdad, cada día se comprende menos. Lo curioso es que o me toca la suerte de hablar siempre con alguno de los pocos aficionados serios que quedan o he de confesar que fuera de la Plaza llego a convenio inmediatamente con casi todos. El público, descomponiéndolo en unidades y fuera de la Plaza, viene a coincidir con lo que uno lleva dicho en términos absolutos. A menudo todavía se muestran más exigentes y despanzuradores que el crítico más agrio de cuantos puedan imaginarse. Pero en vez de tomar colectivamente el mismo cariz que debería ser, por suma de sus términos individuales, aquello cambia por completo. Yo no sé de cuántas desviaciones, de cuántos escamoteos, de cuántos sucedáneos de la lidia como infestan las Plazas de Toros tiene la culpa el público, que aplaude con frenesí camelos, que se aburre cuando no debiera, que se ha vuelto neurótico y mitómano al menor pretexto —y fíjense ustedes lo que hará cuando lo hay— y que es en definitiva quien hace y deshace con su aplauso o repulsa el perfil decisivo de la fiesta.

No sé qué pensarán los toreros actuales del público, pero apostaría cualquier cosa que, aunque de labios afuera digan otra cosa, para sus adentros convendrán que el público de los toros es de una bondad casi rayana en la hobería. Bueno, buenazo siempre lo ha sido, aunque antes tenía también sus puntas y ribetes que hacían pasar malos tragos. En el fondo, antes se creía un poco el señor de la fiesta, mientras ahora se viene a comportar como un invitado que está dispuesto a divertirse lo que pueda, sin demasiadas exigencias. Unas pinturerías, unos simulacros con las mayores gotas de estética posibles, bastan y sobran para su plena satisfacción, para que vean en ello toda la fiesta de toros, para que sancionen su celebración en esas condiciones y aun para que hagan ascos o se encojan de hombros ante el resto, cada día más encogido. Ahora el público ha virado hacia el torero posible con un torito tonto.

Aplauda, aplauda el señor aficionado.



## EFEMERIDES DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

FEBRERO

21

MIERCOLES

Si el papel se estirase como la goma, ¡qué de cosas interesantes podríamos recordar en estas efemerides! Un 21 de febrero —1868— murió Capita, de quien únicamente admitió consejos, lecciones, el astro chichlanero Francisco Montes. El 22 de este mismo mes, del año 1880, se presentó en Madrid don Luis Mazzantini y Eguía. Hizo cuanto pudo con un morlaco embolado. Pero su poder no debió de ser mucho, puesto que el astado con bolas fué devuelto a los corrales a petición del público, que refrendó la Presidencia.

Sin embargo, don Luis fué un «sas» en la baraja taurina de su época. Como señal de acatamiento, recuerdo haberle oído a Vicente Pastor que él fué a visitar a Mazzantini en la mañana del día en que éste le dió la alternativa en la Plaza de Madrid. ¡Bonita costumbre, por desgracia desaparecida! Mazzantini decidió consagrar su vida al toreo a los

tres meses de contraer matrimonio. A su mujer le pareció un disparate. Pero don Luis le aconsejó resignación con esta frase: «Aquí, en España, para ganar dinero, o se es tenor del Real o matador de toros».

Y con materia para escribirme todo EL RUEDO..., ¡perdón, don Luis! Fué usted un torero valiente, un verdadero maestro; todo un señor dentro y fuera de la Plaza; mereció por su hombría de bien y por su vasta cultura el cargo de gobernador, que llegó a desempeñar con laudable acierto. Pero, he de proseguir. ¡Perdón, don Luis!

—¡De piel! ¡De piel!

¿Quién de cuantos me hacen el honor de leerme no lo ha oído, a voz en grito, cuando el matador de turno, muleta en mano, ha hincado en la arena sus dos rodillas? Aunque el valor produce en mí verdadera admiración, soy partidario del arte. Por eso sumo mi grito al de aquellos, a quien hago referencia y digo que vestido de oro y plomo, por iniciar su faena mostrando la suela de sus zapatillas al tendido, recibió una cornada tremenda en la ingle el gran novillero Recajo. Es más que probable que aquella tarde del 23 de febrero de 1913, en Bilbao, se malograra el novillero vizcaíno de Sopuerta, que pudo muy bien alcanzar los máximos laureles.

En el capítulo —por escribir— sobre los grandes novilleros, figurará, sin duda, Matías Muñiz. Nació el 24 de febrero de 1822; formó en las cuadrillas de Pepe Redondo, Cúchares, el Tato y Frascuelo, ¡nada más!, y Capita le tuvo por discípulo sobresaliente. «Que no, que no puedo ir con ustedes de juerga», decía por costumbre. Y añadió una vez: «¿No veis que tengo que atorear?» Efectivamente, tenía que atorear mes y medio después. Fué todo un hombre consagrado a «lo suyo». Murió en el Hospital de Madrid a los sesenta años y poco más, abandonado de los que debieron ayudarlo a soportar una enfermedad cruel. ¡Que no pueda decirse esto, andando el tiempo, de ninguno de los matadores actuales —si las circunstancias se lo permiten— es lo que desea el que arriba firma! Y puesto que hablamos de banderilleros célebres, mencionemos al rey del sesgo. Así fué denominado Rafael Rodríguez, Mojino. Trabajó principalmente a las órdenes de Guerrita, pero también antes lo hizo —y dió a todos el baño en cuanto a lo del sesgo— a las de Bocanegra, Manuel Molina, El Gallo y Cara-Ancha. Aquí en Madrid tropezó y cayó bajo un toro de Udaeta que le plantó una pezuña en la espalda. Como el animal debía de pesar algo más que los que hoy pastan en las dehesas de Salamanca, destinados a las corridas de la próxima temporada, al pobre Mojino le sobrevino una tuberculosis que le llevó al sepulcro a los treinta y siete años. Había nacido el 25 de febrero de 1859.

Este año hemos visto a Pepote citar a un toro, en la suerte de banderillas, sentado en una silla. Pues bien, en Montevideo otro tanto pretendió hacer Punteret —por cierto que recibió la alternativa tres veces: en Madrid, Sevilla y Valencia, de manos de Frascuelo, Mazzantini y Lagartijo— el día 26 de febrero de 1888. Cocinero se llamaba el toro que le prendió por el muslo. Llególe el cuero hasta el peritoneo. Joaquín Sanz, Punteret I, murió a los dos días.

Y para despedirme de ustedes, añadiré que el 27 de febrero de 1816 nació Manuel Domínguez en Gelves, donde también había de nacer Joselito. Leo en los *Anales del Torero* que Pedro Romero, al observar su serenidad y su firmeza, llegó a decir: «Este muchacho no tiene desperdicio». En plural, con esta última palabra se compuso su alias. Pero también le he oído decir a don Mariano Riestra —que para mí, con todos los respetos debidos, es el pontífice— que cuando en Puerto de Santa María perdió Manuel uno de sus ojos, con el «desperdicio» en la mano ingresó en la enfermería. No obstante, a los cincuenta y tres días de lance tan brutal, lidió Manuel en Málaga una corrida de Concha y Sierra, con tanta felicidad como en sus días mejores. Aquellos toros de quien dijo Juan León que eran «la ira de Dios en un pellejo», a Desperdicios no le causaban la menor impresión.

FEBRERO

27

MARTES



# Charla breve con VICENTE BARRERA



Vicente Barrera sonríe, optimista, durante su charla para EL RUEDO

**N**Oche de niebla y de frío. En el espacio que media entre la calle de Alcalá y la Red de San Luis los escasos transeúntes, acaso empujados por sombrías perspectivas de catarros gripales, marchan veloces en busca de la cena reconfortante.

Al llegar a la altura de Peligros, creo reconocer a dos viandantes que llevan dirección contraria a la mía. La estatura mediana, ojos expresivos y prominente naso delatan a Vicente Barrera, así como los botines, el sombrero de estadista y el pergeño distinguido denuncian en su acompañante al popular Cristóbal Becerra.

Al reconocernos, brota en mí la expresión propia para estos casos:

—Vicente, ¿cómo usted en Madrid?

—Tan sólo por unas horas —dice Barrera con su inconfundible acento levantino—. Llegué esta mañana y dentro de muy poco salgo para Salamanca.

—Pero no será sin que antes aproveche yo esta coyuntura.

—Hágalo usted, en buen hora —tercia el apoderado—, y lo más de prisa que le sea posible, amigo.

Decidimos entrar en el café más cercano, despoblado a la sazón de parroquianos, y sin pérdida de tiempo enhebro la charla:

—Por lo que se ve, quiere usted prepararse bien en las dehesas salmantinas.

Y mientras el torero ingurgita un sorbo de vermut, se encarga Becerra de darme la réplica:

—En casa de don Alipio Pérez Tabernero permanecerá algún tiempo para familiarizarse con la arrancada de los toros. De allí saldrá para intervenir en su primera corrida de la temporada, la de la Magdalena, en Castellón.

—Vamos a ver, Vicente, ¿quiere decirme qué le impulsó para volver al toreo?

—Mi afición; yo no podía estar tranquilo viendo salir el sol sin vestirme de torero.

Becerra, al paño, me susurra:

—Los toreros son como los pavos reales, que se amustian desde el momento que empiezan a pasar inadvertidos... Y éste creyó morir los dos años pasados alejado de los ruedos.

—¿Encuentra usted algún defecto en la actual forma de torear?

Barrera, después de pensar un poco la respuesta, dice:

—En tanto como hoy se ha llegado a dominar al toro, en cambio se ha perdido lo que antes era considerado como el mayor mérito de la fiesta: la lucha y la pelea con la fiera.

—Esa sensación se habrá perdido porque el denominativo de fiera quedó reducido a su mínima expresión —tercia nuestro acompañante.

—Hoy es mucho más fácil torear —prosigue el torero—, por lo que el ganado ha perdido en tamaño y poder.

—¿Acaso entiende que también vamos perdiendo lo que de hombría y reciedumbre tenían los estilos de otras épocas?

—No diría tanto. La hombría es la de siempre. Otro muy distinto es el ambiente que rodea hoy a las corridas.

—¿El público, acaso...?

—Los públicos están más humanizados, pero acuden a las Plazas atraídos por el señuelo de un espectáculo más y desprovistos de aquel entusiasmo fanático que constituía la salsa y el salero de la fiesta.

—¿Piensa continuar mucho tiempo en activo?

—Tan sólo mientras pueda justificar mi presencia en los ruedos y merecer el respeto y el aplauso de los aficionados.

—¿Cuál ha sido hasta la fecha su mejor temporada?

—La de 1933. Aquel año toreeé setenta y ocho corridas y corté orejas en casi todas las Plazas que recorrí.

—Yo recuerdo —dice Becerra— que en la feria de Pamplona, alternando con Marcial y Ortega, cortaste los apéndices a los cinco toros que te correspondieron.

**"Hoy es mucho más fácil torear, por lo que el ganado ha perdido en nervio, tamaño y poder"**

**"Continuaré en activo mientras pueda justificar mi presencia en los ruedos y merezca el respeto de los aficionados"**

—De usted se ha dicho que, habiendo toreado en toda España y gran parte de América, en cambio no lo ha hecho todavía en Sevilla. ¿Qué hay de cierto en esta aseveración?

—Pues que es falsa —dice Vicente un poco sorprendido—. Los que tal afirman ignoran por lo visto que de novillero lo hice un día que intervine en tres corridas.

—¿Quiere recordar hecho tan poco corriente?

—Verá usted. Por la mañana toreeé en la isla de San Fernando toros de Concha y Sierra. A continuación me trasladé a Sevilla y aquella noche toreada en Córdoba. Curro Puya alternó conmigo en sendos mano a mano, y Cantimplas lo hizo en la Ciudad de los Califas.

—¿Qué factores intervienen en los altibajos de los toreros?

—Ante todo, la suerte y el ánimo. Un éxito a tiempo robustece la moral del torero. Como es lógico, sucede todo lo contrario cuando uno espera el triunfo y entonces viene un fracaso a dar al traste con los mejores alientos. Y suele ocurrir que estos imponderables pasan enteramente inadvertidos para el público, que suele achacarlos a falta de afición y pundonor.

—¿Qué recuerdos conserva de sus últimas actuaciones?

—Excelente, pues si bien empecé con el natural desentrenamiento, hijo de los dos años de alejamiento, acabé en la feria de Valencia pareciéndome el toreo una diversión...

—¡Sí!, ¡sí! —interrumpe su apoderado—. ¡Menuda diversión te produjo el toro de Galache, al obligarte a dar por terminada la temporada cuando mejor se te presentaba!

—¿Está satisfecho de su posición alcanzada en la vida?

—Tanto lo estoy, que nunca podré dar bastantes gracias a Dios por la suerte que como torero y en mi vida particular me ha deparado.

—¿Cuál ha sido a su juicio el mejor torero valenciano?

—No he llegado a conocer a aquellos considerados como sobresalientes por el clamor popular. Pero, por lo que yo he podido sacar en claro de comentarios y lecturas, ninguno ha igualado hasta la fecha la extraordinaria potencialidad del malogrado Manolo Granero.

Al reanudar, concluida la charla, el camino de mi casa, vino sin querer a mi memoria el recuerdo de que el reflejo que en todas las épocas lanzara Valencia sobre los ruedos españoles tiene hoy todavía en Vicente Barrera uno de sus más luminosos faros.

F. M.



El popular diestro valenciano habla con su apoderado, Cristóbal Becerra, mientras Mari sorprende el grupo



Un gesto característico de Vicente Barrera (Fots. Mari.)

# LA VIUDA de REVERTE

## evoca la popularidad de su marido

"Una vez en Lisboa, los estudiantes tendieron sus capas para que pasáramos"

El diestro de Alcalá del Río pensaba retirarse del toreo el mismo año que murió



En las fotos, cinco momentos de doña Encarnación Osuna, viuda de Antonio Reverte. (Fots. Arenas.)

Doña Encarnación Osuna, la viuda de Antonio Reverte, conserva, a pesar de los años, la arrogancia que debió tener en su juventud. Rodeada de recuerdos, vive en su casa de Alcalá del Río —fotos del malogrado espada, viejos carteles, litografía de la Exposición de París de 1900, de la que Antonio trajo aquel primer coche «sin caballos» con sus ruidosas explosiones y su «endiablada» velocidad de treinta y cuatro kilómetros a la hora...— cerca, casi pared por medio, de la iglesia de San Gregorio, donde los restos mortales de su esposo guardan el postrer reposo. Su sobrino Diego, que nos guía hasta ella, pretende que doña Encarnación hable de su marido, de su vida, en los pocos años de matrimonio que vivió... Ella se resiste. No quiere evocar sucesos dolorosos, pero al fin cede.

—¡Cuánto sufrí en aquellos días! —nos dice—. Para mí, era un continuo pesar la vida arriesgada de Antonio. Y, sin embargo, no fué un toro el que le quitó la vida. Murió en una clínica, lejos de nosotros, de mí, de su pueblo...

—¿Pensó alguna vez retirarse de los toros?

—Sí. Precisamente quería irse de la fiesta el mismo año que murió. Tenía un contrato para torear en Méjico cinco corridas y un beneficio. Después, de regreso a España, su propósito era actuar en sólo dos funciones: una para dar la alternativa a su sobrino Revertito, y otra para recaudar fondos con objeto de construir un nuevo cementerio en el pueblo... ¡Quería mucho a Alcalá!

—¿Tuvo usted noticias de la enfermedad de su esposo antes de la operación?

—No, señor. Cuando en Lisboa le dijo el médico lo que tenía, tan sólo se lo confió a sus más íntimos. A mí nada me dijo. Es más, nos anunció que iba a torear en Valladolid el día 11. Durante la operación estuvieron con él su sobrino Revertito, Antonio Velasco y un criado. Antes de que le operasen, le dijo al médico: «Maestro, vamos a torear. Buena mano derecha». Tenía no uno, sino dos quistes en el hígado. Era una cosa grave. El debió darse cuenta porque, cuando terminó la operación, le dijo a Revertito que le pesaba habérsela hecho. Fué entonces cuando pidió que le mandásemos un traje negro que se había comprado en Méjico y que estaba sin estrenar. Por lo visto pensó que le sirviera de mortaja.

—¿No vió usted nunca a su marido vestido de torero?

—No. Nunca quise verle torear, ni vestido de luces. Tan sólo una vez accedí a presenciar una fiesta, una becerrada, en la que él intervino.

—¿Cuáles son los más gratos recuerdos de su matrimonio?

—Mi viaje a Lisboa, con Antonio. El era allí popularísimo, y en todas partes nos agasajaban. Una vez los estudiantes tendieron sus capas para que pasáramos nosotros.

—¿Estaba usted en Alcalá cuando murió su esposo?

—Sí. Yo nunca le acompañaba cuando torea. Y como él venía de hacerlo en Marsella... Cuando nos avisaron de Madrid, ya puede usted figurarse la escena. Mi hermano y mi cuñado salieron inmediatamente, y ellos fueron los que acompañaron su cadáver. Yo no tuve valor. Me quedé aquí, derrotada por el dolor.

Desviamos la conversación hacia otros derroteros. Hablamos de las viejas litografías que cuelgan en la pared, de la Exposición de París de 1900, que evocan un mundo en paz y feliz: la torre Eiffel, el puente de Alejandro III, el Sena y una mascarada que lleva por título: «Le Clou-Réve».

Uno de los familiares que nos acompaña aprovecha un aparte, mientras Luis Arenas tira unas fotos, para relatarme el duelo del pueblo cuando murió Reverte.

—Fué una manifestación enorme... En Madrid habían acudido a la clínica donde murió muchos compañeros suyos —entre otros, el Guerra— y don Luis Mazzantini figuró en la presidencia del entierro. Pero en Sevilla el duelo fué aún más impresionante. A media tarde entró en la estación de la plaza de Armas el tren que conducía el cadáver del pobre Antonio. Los andenes rebosaban de gente. Tanto, que la locomotora frenó su marcha y penetró en la estación muy despacio, por temor a que pudiera ocurrir alguna desgracia. Un grupo de compañeros sacó del vagón el féretro y lo condujo a un coche tirado por cuatro caballos. Seguidamente se puso en marcha la comitiva, rodeada de una multitud sobrecogida de emoción. Había coronas de Algabeño, Bombita, Antonio Montes, Regaterín, Pastor, Lagartijillo y otros. El paso del entierro por el centro de Sevilla, camino de la carretera de Alcalá, obligó en varias ocasiones a la fuerza pública a intervenir. A las siete y media de la tarde, por el puente de barcas, llegó a Alcalá el cortejo. Se repitieron las escenas de dolor. Quedó el cadáver depositado en una habitación de su casa, convertida en capilla ardiente, y todo el pueblo desfiló ante él. Fué entonces cuando pudimos ver lo que la gente le quería. Todos recordaban su solicitud para cuantos se acercaban a él en demanda de una ayuda o de un favor. «Se quedó sin alegría el pueblo», exclamaban... Al día siguiente lo enterramos en la iglesia de San Gregorio, en la capillita de la Hermandad de la Veracruz, a la que distinguió siempre con su fervor de buen alca'areño.

FRANCISCO NARBONA



# GONZALEZ MARIN

## va a llevar al escenario las poesías de la fiesta de toros

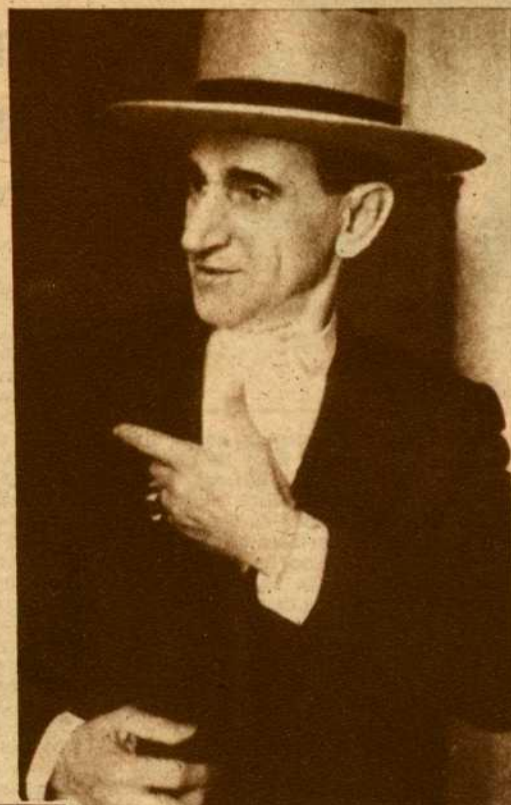


La intensa emoción de la corrida de toros, que sacude los nervios con la vibración de la angustia ante el peligro, o produce la plácida sensación de colorido y de plasticidad que nos ofrece el torero venciendo al toro con su arte, ha inspirado a los poetas bellas páginas desde los tiempos más remotos. Puede decirse que en el momento en que un hombre se puso por primera vez frente a un toro, en presencia del público, surgió el verso que cantara la bizarra hazaña. En el Romancero morisco ya se encuentran poesías que loan el lance del hombre con la fiera astada. Más tarde, cuando el toreo era noble deporte de caballeros, que se daban al peligro de alcanzar toros, como ofrenda al amor de su dama, recibiendo como premio a su valeroso alarde, no el crecido importe de los contratos que se firman hoy, sino una flor que lanzaba la amada desde su balcón después de haber puesto un beso en sus pétalos, los poetas de aquel siglo hidalgo y galante también cantaron en sus estrofas la viril arrogancia de los caballeros ante los toros. Luego, cuando el toreo

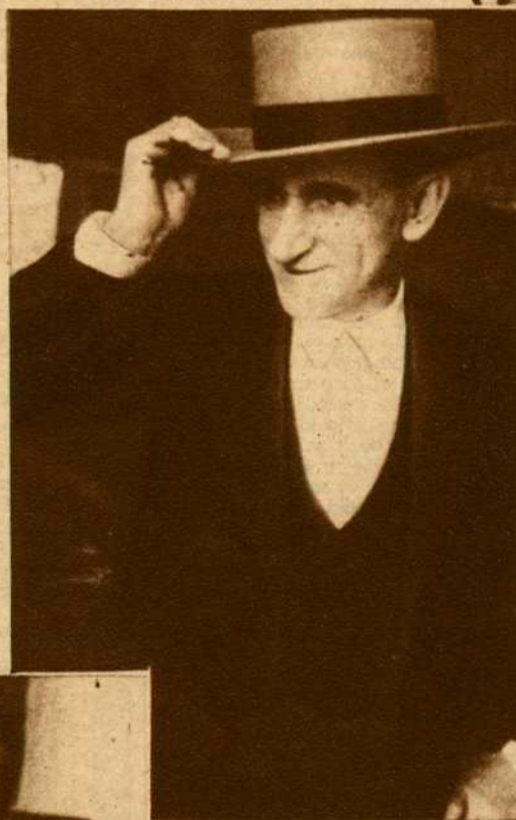
de pista caballeresca pasó a ser oficio —y arte—, las diversas emociones que durante la lidia despertaban los toreros, fueron también causa de que los poetas les dedicaran las más fragantes rosas de su inspiración. Ayer, como quien dice, Rueda, Manuel Machado, Villaespesa, García Lorca, todos los que van a dejar su nombre escrito con letras de oro en el libro de la poesía de este siglo, cantaron en la armonía de su verso los lances de la fiesta. Hoy, cuando el toreo ha llegado a la suprema magnificencia y a la máxima estilización, no podía romperse esta trayectoria que desde tanto tiempo lo lleva unido a la poesía. Poetas de ahora, de la calidad de Adriano del Valle, Ochaíta, Pepe Carlos de Luna, Rafael Duyós, han sentido herida su sensibilidad por esa apoteosis de sedas de colores, de bordados de oro, de embriaguez de sangre y de sol, y suavidades de ritmo y de gracia que es en este momento el toreo. Y por esa herida abierta en su sensibilidad han brotado poemas magníficos de emoción.

Para González Marín, andaluz y aficionado, era un deber no dejar de darle el debido realce a esta nueva floración de la poesía alrededor del toreo nuevo. Y ha recogido en un haz todos los modernos poemas de la fiesta para derribarlos sobre los escenarios, avalorados por su personal y originalísima interpretación.

De todos sus imitadores —él fué el primero—, ninguno como González Marín para dar vida en la escena a la poesía taurina. González Marín no es un recitador académico, de una frialdad retórica a la antigua usanza. Al aparecer en los escenarios, como traía una modalidad nueva en el arte de la recitación, se formó a su alrededor el murmullo de la discusión que rodea siempre la aparición de los renovadores. Porque González Marín no es propiamente un recitador, es una cosa nueva que creó él. Pudiéramos llamarle "un escenificador de poesías", porque eso es lo que hace, no recitarlas, sino darle su valor justo y elevado a todo sus matices. Cada personaje del poema que dice, aunque sean varios en uno mismo, adquiere su carácter y su personalidad en la expresiva manera de decir y el gesto evocador de González



González Marín en cuatro momentos de sus nuevas interpretaciones sobre poesías taurinas (Foto Manzano.)



gida y muerte del señor Guillén", estampa del toreo antiguo...

La personalidad recia, hieráticamente majestuosa, de Manolete, La silueta añorada —arte, ritmo, gracia y garbo— de Pepe Luis Vázquez. El jirón de campo andaluz, borrachera de sol y de azul y de majeza señorial, que don Alvaro Domecq lleva a los ruedos. La estampa patética de la *señá* Gabriela recibiendo a sus hijos —Rafael y José— al llegar de una tarde triunfal. Y sobre todo esto y muchos episodios más, pasa la sombra varonil, nimbada por la tragedia, de Ignacio Sánchez Mejías.

Toda una evocación del color, de la luz, del dolor y del arte de la fiesta, avalorada por el tono y el rango que González Marín ha sabido darle a la recitación.

DIEGO MARTIN DEL CAMPO



Marín. Y este es el intérprete que necesita la poesía de la fiesta. El que con un supremo arte pueda llevar al ánimo del público las características de los toreros y el desarrollo de la corrida, sin que se pierda nada de la emoción, del colorido, de la luz y del garbo del toreo de hoy. Al bien decir de González Marín, con el calor que sabe imprimir a sus recitados, los héroes de estas poesías taurinas adquirirán un definitivo calor humano.

Por el poético "Acto taurino" de González Marín desfilan varios aspectos de la fiesta: "Co-





## TEMAS TAURINOS

# ¿Cómo ha de ser el toro de lidia?

Por FELIPE SASSONE

**Y**A no lo sé, y hasta pienso que un día me habré olvidado de cómo es la lidia, hundido hasta los ojos en la balsa de aceite del toro bonito. En mis tiempos, y no ha llovido mucho desde entonces, me enseñaron que era bravo todo toro que acometiese con empuje reiterado a los caballos, después de haber sido herido, y que todo cornúpeto, como no fuese vaca lechera o buey de carreta, tenía su lidia. Se hablaba del estilo del torero, pero no del estilo del toro. Ahora surge, de poco tiempo a esta parte, más encarnizadamente, el pleito por el tamaño del toro. Algunos aficionados, creyendo poner de nuevo en pie el famoso huevo de Brunelleschi, dicen que lo que importa es la casta y la bravura. ¿Y el trapío, y la estampa, y la romana, no? Yo no he querido nunca, ni quiero, pero a la fuerza ahorcan, intervenir en esta cuestión batallona, porque estoy convencido de que no puede resolverse a gusto de todos. Son muchos miles de personas los que acuden al espectáculo taurino, y la mayor parte son aficionados a secas, sin entendaderas técnicas, y entre los que entienden, cada uno entiende a su modo, con sus preferencias particulares. Lo general es juzgar a simple vista, y, cuando no juzgar, y así lo diré mejor, impresionarse por la visión del espectáculo. En lo que éste ofrece de lucha y de peligro, de donde nace su emoción sentimental, su emoción de susto y sobresalto, más frecuente y más fácil que la emoción estética en lo que el toro tiene de arte, importa el tamaño del toro, su aspecto, su estampa, que una a la sensación de fiereza la sensación de poder. Claro está que son indispensables la casta y la bravura; pero impresionará siempre más la bravura del toro que la del becerro, como significa mucho más, y perdónese me lo desenfadado del símil, la fiereza de un tigre que la de un gato. Pero vamos a hablar más clara y cuidadosamente.

La casta la escoge el comprador, la garantiza el ganadero y la ostenta el hierro de la res. La casta es una promesa, una probabilidad de bravura; nunca una certeza, aunque el toro haya peleado brillantemente en la tienda. Diré de paso cómo no creo en la tienda de los machos que se destinan a la lidia. Por la estampa de un toro puede el ganadero decidir de antemano que le sirva sólo como reproductor, y entonces si convendrá tentarlo para comprobar si une al aspecto la bravura. Pero con el toro bravo en la tienda, suele ocurrir muchas veces que cuando sale al ruedo para ser lidiado se acuerda de la faenita que le hicieron —el toro es un animal de gran memoria—, y entonces es muy posible que trueque en reserva defensiva o en mansedumbre cobarde su nativa fiereza becerriil. Por eso he dicho antes que la casta es una probabilidad bien fundada de bravura; pero no una seguridad axiomática e infalible. Y además, cabe preguntar, dando por cierta la bravura, qué es lo que consideramos un toro bravo, y si no hay más que una sola clase de toros bravos, y si es solo bravo y de lidia el toro noble y pastueño, que embiste derecho, que no puntea, que se queda quieto después de cada lance para que el diestro lo renueve, que no acude sino al cita y que no embiste nunca intempestivamente. Este es el toro cómodo; pero hay muchos toros bravos incómodos, porque bravo es el que se cifra, y el que se revuelve, y el que corta el terreno, y el que da arrancadas broncas, y todos tienen su lidia, y los matadores de antaño, cuando alardeaban de su valor y de su conocimiento de la profesión, decían que estaban dispuestos a matar todo lo que saliese por los chiqueros. Esta es la condición exacta y completa del buen matador de toros, que no podrá ser nunca tal si no es además un buen lidiador. Pero para ello hace falta que el aficionado se convenza de que, según hay muchas clases de toros, hay muchas clases de lidia, y que consienta y apruebe que ponga el torero los medios adecuados a la índole y sentido de la bravura del animal. Hay un toro noble que merece la nobleza con que, quien ha de matarle, se presente ante él *generosamente*, a engañarle por las buenas —aunque esto parezca paradójico—, llevando la muleta en la mano izquierda, dispuesta para el pase natural, esto es, descubierto, dándole al toro una posibilidad de elección entre el cuerpo y el trapío, seguro como está en la mayor parte de los casos de que al trapo acudiría el cornúpeto, y siempre prevenido para cambiarse en la cabeza, ejecutar el pase cambiado, que así se llama, y dar salida por el lado contrario con un pase que acaba por ser de pecho, si se produce la rara casualidad en un toro noble de que acuda al cuerpo por no haberse fijado en la muleta. Pero hay otra clase de toros a los cuales no se les puede llegar con tanta franqueza, y hay que ir cubierto, con el pase ayudado, con las dos manos, o iniciando la faena sobre la mano derecha, muleta y estoque juntos en él, para el pase de tanteo, que, como su nombre indica, es un lance de prueba. Esto como preámbulo de todas las precauciones defensivas y las violencias dominadoras a que después se vea obligado el lidiador. Para que ello pueda ser, es indispensable que el espectador lo consienta.

Y del toro grande o chico, ¿qué? No hay más que una solución, que vuelva a ser otra vez el huevo puesto en pie por Brunelleschi. Un cuidado especial en los ojos de los veterinarios y una exigencia en la balanza, que se guíe por una norma fija con un máximo y un mínimo de peso. Será un bien para el matador, que no se verá expuesto a que le aperree un becerro con casta y bravura, pero sin presencia, ni a que le aburra un toro que por exceso de volumen y de grasa —"regordío", que dicen los aficionados camperos— no pueda sostener sobre sus patas su propio peso y se ahogue o se caiga, a las dos carreras. Después, el animal saldrá bravo o sin bravura, y a los corrales será devuelto cuando no dé lugar siquiera a que le tuesten el pellejo con las banderillas de fuego, que, casi siempre, todo hay que decirlo, no aumentan la fiereza y sólo sirven de afrenta para el hierro de la ganadería.

Por último, conviene dejar sentado este axioma. Lo primero que importa es que vuelva a su pureza y a su eficacia la suerte de varas, que es el principio, el fundamento, la causa de lo que hará el toro después y de lo que podrá hacerle el matador, porque mientras se pique como ahora, la grandiosidad de la fiesta y la lidia verdadera están perdidas.



## EL PLANETA DE LOS TOROS

# LOS FESTIVALES

Por

A. DI Z CAÑABATE



Unas copas de vino jerezano para reponer fuerzas y seguir el festival

**Y**A han comenzado los festivales. Bien temprano. Y pueblecitos insignificantes empiezan a ver toros bastante antes que las grandes capitales. Bueno, esto de que ven toros es una manera de decir. En los festivales no se ve nada. Ante unos pobres becerriillos, matadores de toros hechos y derechos no pueden lucir nunca su arte. Falta la emoción. Sin embargo, los festivales son deliciosos. Yo procuro asistir a los más posibles. Claro está que en compañía de uno de los matadores. La delicia de los festivales radica en la comida que precede a la corrida, celebrada en honor de los toreros, en casa de uno de los puzadores del pueblo. Jamás fallan estas comidas. Todas, sin excepción, son más que suculentas, son asombrosas. ¡Qué corderos asados! ¡Qué gallinas en pepitoria! ¡Qué menudillos con arroz y tomate! ¡Qué fuentes de natillas! Escribo estas palabras y la boca se me hace agua. Uno, cuando Dios quería, ha comido en los grandes restaurantes europeos. Nada. Ganas de presumir. Comer bien, lo que se dice comer bien, no se come más que en las casas de los ricos del pueblo donde se celebra un festival taurino.

A la llegada esperan al matador los organizadores. Estos festivales siempre se amparan por un fin benéfico. A veces esto es verdad. A veces, no. Pero, tanto en un caso como en otro, existen los organizadores. Buena gente. Optimistas ellos. Felices ellos. Van a codearse durante unas horas con espadas de tronío. Van a comer a su lado. Se retratarán juntos para los papeles de Madrid. No creo que se pueda pedir más. En cuanto el torero descende del coche, los organizadores le rodean. Ya es suyo. Ahora, a lucirlo por las calles del pueblo. A ver la Plaza. A ver el ganado. A no perderse sílaba de lo que diga el maestro, para luego poder repetirlo miles de veces, venga o no venga a cuento.

Los que hemos ido desde Madrid acompañando al ídolo quedamos en un segundo término. Marchamos detrás del grupo, no por esto disminuidos en nuestra importancia. Al contrario, ufanos, un poco como la madre que camina detrás de la hija acompañada de un novio bien trajeado y que acaba de ganar unas oposiciones a registrador de la Propiedad. Nuestra vanidad se consuela pensando que nosotros somos los auténticos amigos, los que luego, al regreso, ofrecemos las confidencias del torero. Además, podemos entrar en las tascas a tomar una copa de ese vino que se encuentra únicamente en los pueblos; vino recto, espeso, sin química ni agua, y a comernos unas cuantas aceitunas negras, aliñadas con un punto de vinagre, aceite y pimentón maravilloso y esmaltadas de trocitos de cebolla, tierna y jugosa, un poco picante, pero exquisita.

Terminado el paseo por el pueblo, ¡a comer! La más fina mantelería cubre la mesa: mantel de hilo bordado, de los que ya no se ven por el mundo, guardado en el arca desde los tiempos de la boda de los dueños de la casa; copas de cristal tallado, cubiertos de plata repujada, fuentes y vajilla de cerámica talaverana de la buena época, y en las fuentes, cataratas de jamón, lomo, embuchado, chorizo y salchichón, todo procedente de la matanza de la casa. ¡A comer! Y cuatro sirvientas, sin guante blanco, pero limpias, con unos colores en sus rostros como si fueran espejos donde se reflejaran las fuentes de los embutidos. ¡Y qué vinos, añejos, conservados en soleras de siglos, con aroma purísimo y sabor perfumado!

Los toreros comen poco; pero los amigos dejamos bien puesto el pabellón, con gran alegría del anfitrión, gozoso de su generosidad, suficientemente y justamente estimada y ensalzada. Durante la comida, como es de rigor, se habla de toros. Pero se habla con sordina; están delante los maestros, y no es cosa de ponerlos verdes o, simplemente, de aquilatar méritos y defectos. Se habla de toros en general y, sobre todo, se pontifica acerca de los toreros antiguos. Afortunadamente, ninguno hemos visto a Lagartijo ni a Frascuelo; pero es igual, opinamos sobre su arte como si hubiéramos ido con ellos a los festivales de aquellos tiempos.

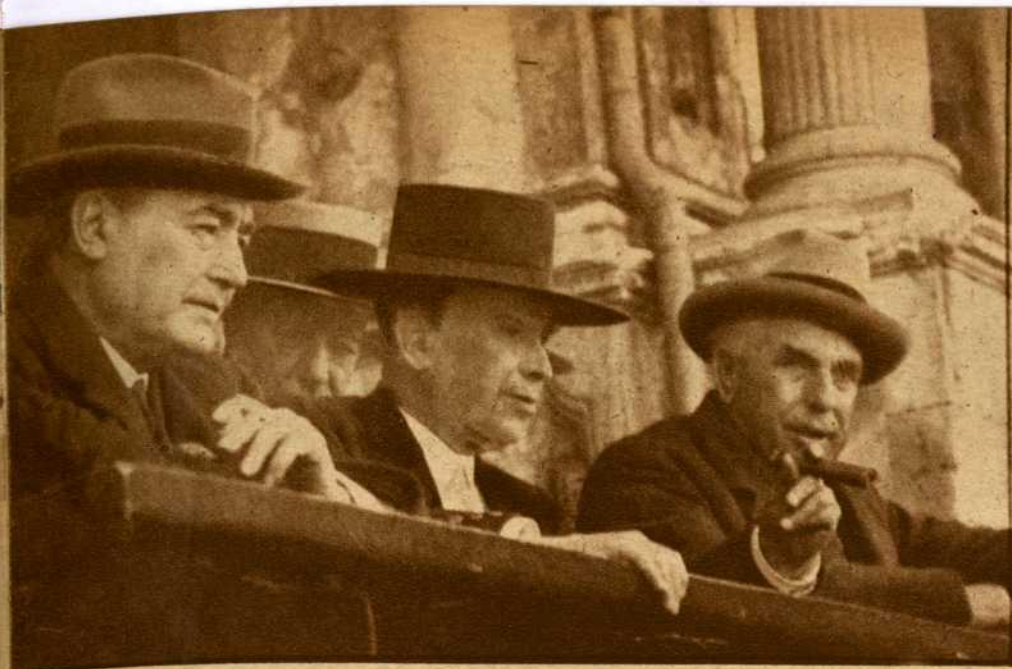
Los matadores pasan a las alcobas de la casa para vestirse los trajes cortos, o, como dicen los cartiles, "los lidiadores vestirán el típico traje campero". Este típico traje campero, con algunas excepciones, les sienta fatal a los toreros, y como ya no tienen costumbre de usar sombrero ancho, no saben ponerse, y muchos parecen turistas extranjeros, en viaje por Andalucía, que para retratarse han comprado un sombrero cordobés en Sevilla. Pero ya están aviados con más o menos elegancia, ¡y a la Plaza! Como ésta se encuentra cerca, vamos andando. Esta vez, los diestros van rodeados de mucha gente, aunque siempre conservan su sitio de preferencia los organizadores.

Al llegar a la Plaza, los amigos madrileños abandonamos el grupo y nos colamos donde podemos; a ser posible, en un balcón del Ayuntamiento, que es el lugar menos incómodo de los tablados. El ruedo está lleno de gente. Suena una murga. La improvisada Plaza está llena de color y de gritos. Tan estridentes son los chillidos como los colorines. El festival va a empezar, y entonces, para nosotros, por lo menos para mí, el festival termina. Lo que sucede en el ruedo ya no me interesa, salvo si surge algún espontáneo pintoresco. Estos encuadran perfectamente en un festival. Y mejor si son chavales. En un pueblo vi torear a un niño de unos nueve años; tenía intuición del toro, pero lo que poseía de manera impresionante era el valor. El becerro no era muy grande; mas para él, como si fuera uno de los toros de Guisando. Y el chavalín llegaba a la cara sin inmutarse, decidido, paso a paso. Esto, sí, esto tiene mérito y emoción. Ese chavalín, cuando tenga veinte años, probablemente no será torero, porque el miedo se lo impedirá. Mas lo terrible es que en muchos festivales vemos a muchos toreros, con bastante más de veinte años, tirando líneas delante de un becerro, como si el pobre animal fuese el miureño Catalán. Y esto es lo que debían evitar los toreros, negándose a torear en los festivales. Sus amigos sacrificaríamos con gusto las fantásticas comidas en aras de su buen nombre. Me parece que predico con el ejemplo y que sacrifico bastante para que mi consejo se tome en cuenta. De los festivales en las Plazas de Toros formales y de categoría, no hablo, porque no suelo asistir a casi ninguno. Bastante tiene uno con las corridas de toros para encima tragarse una becerriada triste, sin pantagruélica comida previa.

21 DE FEBRERO DE 1941

# Hoy hace cuatro años que murió en Córdoba RAFAEL, EL GUERRA

Evocación de un reportaje de entonces



Guerrita, con Emilio Torres y el Algabeno, presidiendo una corrida.—Abajo: Una fotografía del Califa cordobés en sus últimos tiempos



AQUELLA tarde del 21 de febrero de 1941, en que se agravó de forma alarmante la enfermedad que aquejaba a don Rafael Guerra Bejarano, los periodistas no nos distanciamos muchos pasos de la casa del famoso torero, Góngora, 34. Se esperaba un inmediato desenlace.

A las tres llegamos a casa de Guerrita. El enfermo acababa de sufrir uno de los varios colapsos de su ya larga enfermedad. A tal hora el viejo maestro puede decirse que entró en el periodo de agonía. Los doctores Jimena y Giménez Ruiz —este último hijo político de Rafael Guerra— nos comunicaron su impresión pesimista.

—Hemos dado orden —nos dijeron— para que se avise a toda la familia. El enfermo ha perdido el pulso. No obstante, conserva toda la lucidez.

Y así fué hasta su muerte. Se le aplicaron varias inyecciones de aceite alcanforado. No se logró con ello reanimarle. A la casa de la calle de Góngora fueron llegando los familiares del lidiador. Fueron momentos de intensa emoción aquellos en que el moribundo rogó con el gesto, a los que estaban en su habitación, que saliesen de ella.

A las siete y cuarenta minutos de la tarde sobrevino el esperado desenlace. Junto al viejo maestro de toreros, su esposa, doña Dolores Sánchez Molina; hijos e hijos políticos. Y el párroco de San Nicolás, don Paulino Seco de Herrera.

Por la población corrió rápidamente la infausta noticia. Fueron cerradas las puertas del Club y enlutados sus balcones. Todos los Circulos de la ciudad exteriorizaron su dolor luciendo, igualmente, colgaduras negras.

Miles de personas, en ininterrumpido desfile, estamparon sus firmas en los pliegos colocados al efecto en la casa mortuoria o dejaron tarjeta. Uno de los primeros en llegar al domicilio de Guerrita, por cierto con el pesar reflejado en el semblante, fué el ex matador de toros Rafael González, Machaquito. Después lo hizo el alcalde de Córdoba, que dió el pésame a la familia en nombre de la ciudad.

## LA CAPILLA ARDIENTE

Inmediatamente después de expirar, Guerrita fué amortalado con su clásico traje corto negro, con caireles de plata. Vestía también camisa torera de rizada pechera. En sus marfileñas manos ostentaba el ex diestro un Crucifijo de plata. Fué encerrado el cadáver en lujoso arcón de caoba. Y colocado provisionalmente en una de las habitaciones de la casa.

Ya de madrugada, cuando nos retiramos del domicilio de Rafael Guerra, la concurrencia de amigos era nutridísima. Y se hacían los preparativos para trasladar el féretro al oratorio particular de la familia, donde había de instalarse la capilla ardiente.

## EL HOMENAJE POPULAR

A mediodía visitamos de nuevo la casa de Guerrita. Una de las hijas del «Califa», con los ojos enrojecidos por el llanto, nos invitó a pasar a la capilla ardiente. Y arrodillada junto a los restos del buen padre muerto, alzó el fino pañuelo que cubría la cara del difunto. Nosotros pudimos contemplar por última vez el rostro de Guerrita, consumido por los estragos de la enfermedad.

Un coro de mujeres desgranaba sus oraciones. Constantemente llegaban hasta la capilla gentes de toda condición social. Hombres de campo, de rostro curtido por el aire y el sol, se arrodillaban torpemente, sin poder evitar que unas lágrimas rodasen por los marcados surcos de sus mejillas. Viejos ex toreros del barrio también llegaban ante el maestro de todos.

En la capilla, a ambos lados del féretro, fueron colocándose unas coronas re-

cién llegadas: del alcalde de la ciudad, del marqués del Mérito, del duque de Santoña, del duque de Algeciras, de la familia doliente...

## EL FUNERAL

El amplio templo de San Nicolás de la Villa era incapaz de contener al inmenso gentío que deseaba asistir a los funerales por el alma de Guerrita.

La presidencia oficial del acto, integrada por todas las autoridades eclesiásticas, civiles, militares y del Movimiento y la presidencia familiar, también muy nutrida, puede decirse que ocuparon la parte principal de la iglesia. Y el duelo, en el que figuraban personas de toda condición y actividad social, sólo en mínima parte pudo asistir a la fúnebre ceremonia. Casi todo él se estacionaba en las inmediaciones de la iglesia. Y aun en las calles que había de recorrer la comitiva, el público aguardaba la terminación del funeral para presenciar la marcha de los restos de Guerrita hacia la mansión que había de acoger su eterno reposo.

## LA COMITIVA EN MARCHA

Con los nietos de Guerrita, se turnaron en la conducción del cadáver los colonos y obreros de las fincas de Rafael Guerra. También lo hizo en alguna ocasión el marqués del Mérito. Las ocho cintas que pendían del féretro fueron portadas por el ex diestro Rafael González, Machaquito; don Manuel Rodríguez Manso, el ganadero don Félix Moreno Ardanuy, don Rafael Eraso, don Aurelio Sánchez Mejías, don José López de Carrizosa y Martel, marqués del Mérito, don Amador Naz Román y don José Guerra Rodríguez.

En las aceras de las calles de Cruz Conde, Gondomar y Gran Capitán se agolpaba un inmenso gentío que se iba sumando a la comitiva tras de presenciar su paso, visiblemente emocionado. En la calle Gondomar, al llegar a la altura del Club Guerrita, los que conducían el féretro detuvieron su marcha y dieron cara al edificio que fué sede del «Califa». El clero entonó un responso. Viejos amigos del torero salieron del Club. Y colocaron en la carroza fúnebre —tirada por cuatro caballos empenachados— otras dos coronas: de los socios y de la Junta directiva.

Un trecho más de marcha por la avenida del Gran Capitán y estamos frente a la Plaza de Toros, escenario de las tardes triunfales de Guerrita. Las puertas del coso se abrieron de par en par, solemnemente. Nuevo responso. Y dos coronas más —de la Sociedad Propietaria de la Plaza de Toros y de la Unión de Criadores de Toros de Lidia— se incorporaron al cortejo, conducidas, dando escolta al féretro, por los banderilleros Virutas y Gallo, Niño de Dios y Recarcao.

Por fin —paseo de la Victoria adelante—, camino del postrer reposo. En la carretera del cementerio, frente a nuestra Sierra incomparable, otra vez hizo alto la comitiva. Desde aquel lugar se da vista a la finca «Las Cuevas», propiedad de Guerrita. Es la despedida del famoso diestro al campo cordobés.

Pocos minutos después, en el panteón familiar del cementerio de Nuestra Señora de la Salud, recibía tierra santa el cadáver del que fué gran artista y caballero sin tacha. La tarde era triste y descendía una fina llovizna sobre los campos y sobre la ciudad. Nos pareció que era el llanto de Córdoba por la muerte de Guerrita.

JOSE LUIS DE CORDOBA

El momento de pasar el entierro del torero cordobés por delante del Club Guerrita. Entre el público se ve a Machaquito





Vicente Pastor en el despacho de su casa en la época en que era matador de toros



El diestro madrileño, en un restaurante, acompañado de Juan Belmonte

# Historia taurina de Vicente Pastor

**San Sebastián taurino. — La tarde famosa de los miuras. Otra vez en Madrid. — Alternativa de Corchaíto y Curro Martín Vázquez**

**Un vaticinio de Bombita. — La lección que no desaprovechó Vicente. — La última corrida de Pastor en Barcelona en el año 1907**

XLV

**H**ALLABASE en todo su apogeo veraniego la llamada «Perla del Océano». Las corridas de toros que tradicionalmente se vienen celebrando con motivo de las fiestas en honor de la Virgen de Agosto en Donostia despertaron aquel año 1907 un justificado interés, y muy particularmente la anunciada para el día 18 del susodicho mes, porque en ella iban a alternar con el cordobés Conejito dos madrileños: Tomás Alarcón, Mazzantinito, y Antonio Boto, Regaterín.

Es conveniente recordar que por aquella época San Sebastián, taurinamente considerada, era una continuación de Madrid, porque allí se congregaba la crema y nata de los aficionados, unos atraídos por el oleaje de la Concha y otros ansiosos de verlas venir en el Gran Casino, donde la ruleta y el «baccarat» constituían una de las «atracciones» de los forasteros.

El Chico de la Blusa adornándose



Un pase de pecho de Vicente

Pero ocurrió el citado año que la Empresa que explotaba el palenque bilbaíno había prescindido en sus combinaciones cornudas del torero de la tierra, Cocherito, y en la bella Easo hicieron acto de presencia unos cuantos centenares de «chimbos» con un cartel defendiendo a su torero, dispuestos a desplegarlo a los cuatro vientos en el momento que el simpático y buenazo Castor Ibarra diera para ellos, en el ruedo, el menor motivo.

Los ocho toros anunciados para ser corridos por los citados espadas, pertenecían a la ganadería de Miura, nombre aun terrorífico en aquel tiempo, y esto fué un motivo más para que aumentase el interés por la corrida.

Pero como Conejito, herido días antes, no se encontraba en condiciones de torear en la corrida de que ahora se trata, la Empresa se puso al habla con Vicente Pastor, que acababa de llegar a Madrid el 16 procedente de Málaga, donde el día anterior había despachado reses de Urcola, como ya hemos dicho, y conformes en que el madrileño sustituyera al cordobés, éste se presentó en San Sebastián en las primeras horas de la noche vespera de la corrida. Pasó inadvertida la presencia en la capital guipuzcoana del torero de la calle de Embajadores, quien desde la estación se dirigió a la fonda rendido por tan largo viaje.

Excelente impresión causó entre los veraneantes aficionados al toro el anuncio de que Vicente se las entendería con los miuras, y aquellos que en los comienzos del año taurino habían presenciado en la vieja Plaza de la carretera de Aragón sus tres triunfos consecutivos durante el mes de mayo, se las prometían muy felices con la presencia del ex Chico de la Blusa.

El entradón que se registró en el coso donostiarra fué imponente, y la expectación, extraordinaria. Sin ningún otro incidente digno de ser recordado transcurrió la lidia, hasta el momento de pisar la allí oscura arena el cuarto toro, un buen mozo, colorado, ojo de perdiz, con desarrollada cuerna y astifino.

Era éste un cornúpeto de Carriquirri que se hallaba en los corrales como zobrero y que sustituyó a un Miura que se había inutilizado antes de aparecer en el albero. El sustituto cornudo de referencia hizo una pelta, desde que abandonó el chiquero, con mucho sentido. Correspondióle estoquearlo a Regaterín, y apenas inició la faena de muleta, prendió al espada sin derribarle por el brazo derecho, infiriéndole un puntazo en aquella extremidad que le imposibilitó seguir toreando.

Ingresado Regaterín en la enfermería, el toro se hizo dueño de la situación, cundiendo el pánico, no sólo en el anillo, sino entre los espectadores, pues el Carriquirri se hallaba dispuesto a vender cara su vida.

Sólo un torero, Pastor, no perdió la serenidad, y provisto de su muleta y estoque, pues antes le habían dado los strastos torcidas que empuñaba el diestro herido, se enredó en singular lucha con el criminal cornudo ante la emoción de todos los espectadores, y dominado el fiero bruto aprovechó su igualada «el león de Castilla», entrando a matar en corto y por derecho, propinó un volapié formidable, saliendo el astado de los vuelos de la muleta herido como por un rayo.

Rodó el toro como un carrete por la arena; la ovación con que el público premió la gesta pastora fué ensordecedora, concediéndosele la oreja, y aquella faena de Vicente pasó a los anales taurinos como uno de los casos excepcionales de vergüenza y de pundonor taurino.

Aun se repitieron las ovaciones clamorosas cuando el valiente madrileño envió al desolladero, en aquella inolvidable tarde triunfal, a los miureños corridos en quinto y octavo lugar, y al final de la

jornada pitonuda, el gladiador triunfante fué paseado y sacado del palenque en hombros de los ensardecidos espectadores.

Comentadísimo fué este triunfo del torero de la calle de Embajadores, del que, como he dicho, fué testigo presencial, triunfo que confirmó en la misma Plaza cuando volvió a torear el 1 de septiembre, en unión de Cocherito y Regaterín, reses del marqués de Guadalest, después de haberlo hecho en Almagro el 24 y 25 del mismo agosto con toros de Gama y Albarrán, alternando en ambas corridas con José Rodríguez, Bebé chico, tío del actual Manolete, y Lagartijo chico.

Estos triunfos de Vicente Pastor en San Sebastián aumentaron el deseo que tenían los madrileños de ver nuevamente a su torero, y entendiéndolo así Mosquera, le anunció para que torear en Madrid el 8 de septiembre reses de Carvajal y Murube.

En esta corrida, Pastor otorgó en su vida taurómaca la primera alternativa, cediendo las armas de matar al desventurado cordobés Fermín Muñoz, Corchaíto, para que despachara el primer toro del segundo de los citados ganaderos, Mediabanda, figurando como testigo de la ceremonia Rafael el Gallo.

Vicente, en los dos toros de Carvajal lidiados en tercero y cuarto lugar, continuó en plan arrollador, y crítico hubo que con tal motivo sacó a relucir el nombre de Frascuelo.

Con Moreno de Alcalá finiquitó Pastor en Jerez de la Frontera el día 15 bovinos de Conradi y con Mazzantinito —torero cuyo nombre va unido al de Vicente en los momentos más históricos de su taurómaca existencia, como ya tendrá ocasión de conocer el lector— mató reses de Palha en Logroño el 22. Siempre con éxito y cada vez contratando más corridas.

En este plan ascendente, Pastor compareció de nuevo ante la afición madrileña el 13 de octubre para conceder la alternativa al diestro Curro Martín Vázquez, padre de los actuales matadores de toros Manolo y Pepín y del novillero Rafael.

Este segundo espaldarazo taurómaco a cargo de Vicente se efectuó con el toro Cariblanco, de la ganadería de don Fernando Becerra (antes de don José Clemente) y con el padrino y el neófito alternó Regaterín.

En esta quinta actuación en el ya desaparecido palenque refrendó sus anteriores éxitos, siendo ovacionadísimo en su segundo toro por la manera brillante con que lo estoqueó.

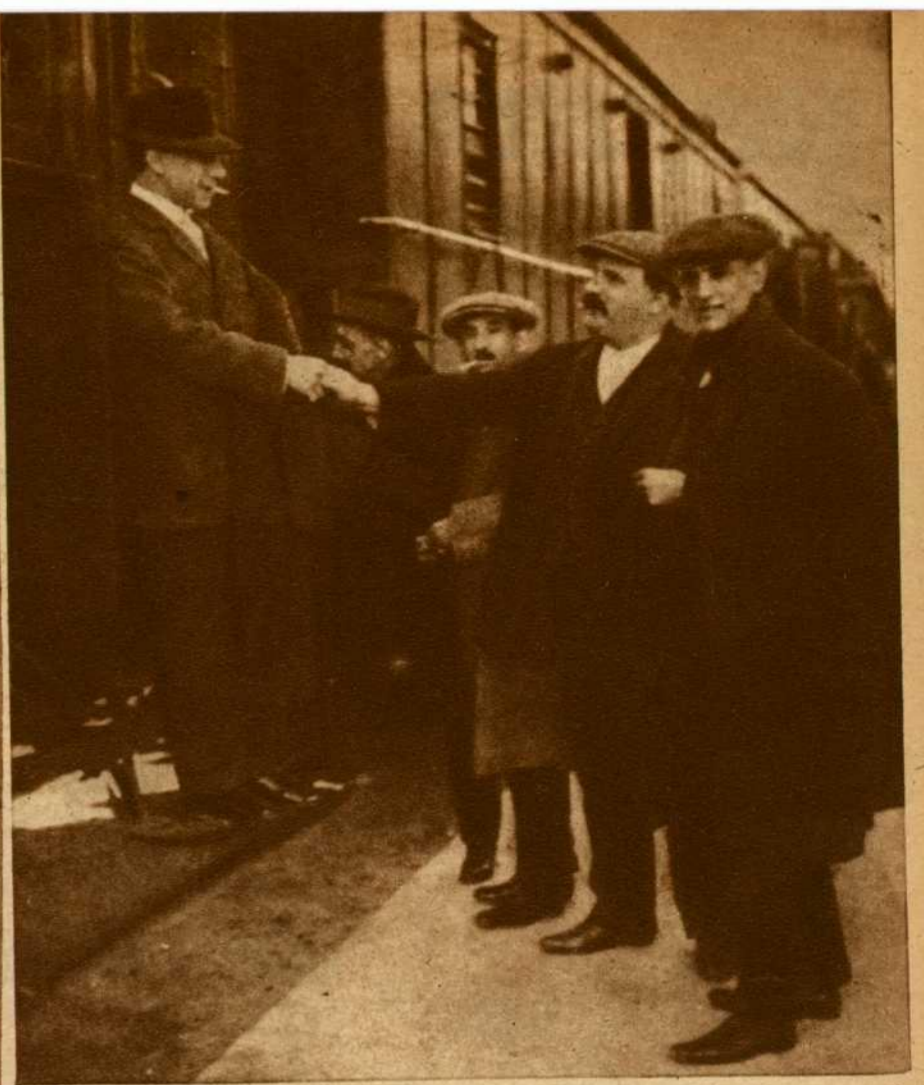
Aun tuvieron los aficionados madrileños otra ocasión para ver a su paisano el día 15 del mes de octubre, siendo muchos los que acudieron a Guadalajara, donde con Lagartijo chico y Bienvenida lidió reses de Ripamillán.

Cinco días después se presentó en su aspecto de matador de toros en Zaragoza, y en la Posada de Chapero se vistió de luces para sortear luego reses de Bañuelos con Conejito y Bienvenida.

Con motivo de una inundación en Málaga, se organizó una corrida a beneficio de las familias necesitadas, que tuvo lugar el 27 de dicho último citado mes, lidiándose en ella por Algabeno, Lagartijo chico, Vicente, Bienvenida y Manolete, pa-



Vicente Pastor toreando de muleta con su estilo característico



Pastor, a su vuelta de Méjico, es recibido por unos amigos en la estación



El torero madrileño lanzando

tres de toros de Moreno Santa María. La última corrida que en 1907 toreó Pastor se efectuó en Barcelona el 3 de noviembre, y en ella alternó con Ricardo Torres; Bombita, en la lidia de seis toros de Saltillo.

Existía en la Ciudad Condal gran interés en ver ya hecho matador de toros al eje de estos anecdóticos reportajes, pues los aficionados recordaban sus actuaciones novilleriles, en el Circo de la Barceloneta, donde por vez primera se presentó el madrileño como joven seata-lano en la cuadrilla de muchachos barceloneses.

Cuanto asistieron a esta corrida salieron satisfechos del trabajo de Vicente, porque tanto toreando como matando rayó a gran altura.

Con uno de los Saltillos ejecutó una gran faena de muleta, dando unos «parones» emocionantes, quedándose el mismo Bombita altamente sorprendido.

Días más tarde el gran torero de Tomares no se recataba en decirlo.

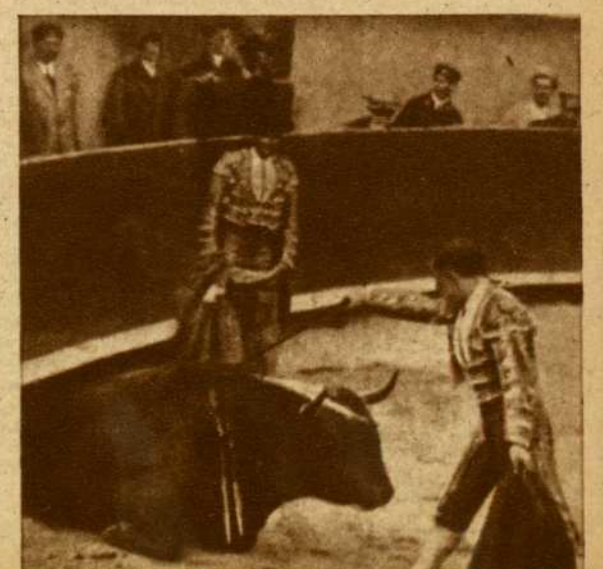
—[El día que en Madrid —palabras de Ricardo— vean a Vicente ejecutar una faena como la de Barcelona, se les va a caer a sus paisanos la baba de gusto!

Aquel año 1907, tan cuajado de éxitos, toreó veintiuna corridas, matando cuarenta y nueve toros.

Mi cartel, entonces —nos ha dicho Vicente con su habitual sencillez—, había empezado a rehacerse; y la lección de lo que antes me había pasado no tenía que desperdiciarla, para poder continuar mi carrera y corresponder al cariño de la afición. Era además mi deber.

DON JUSTO

Vicente Pastor en un momento de su vida profesional



# LAS CAPEAS

## CÓMO MURIÓ EL SESE

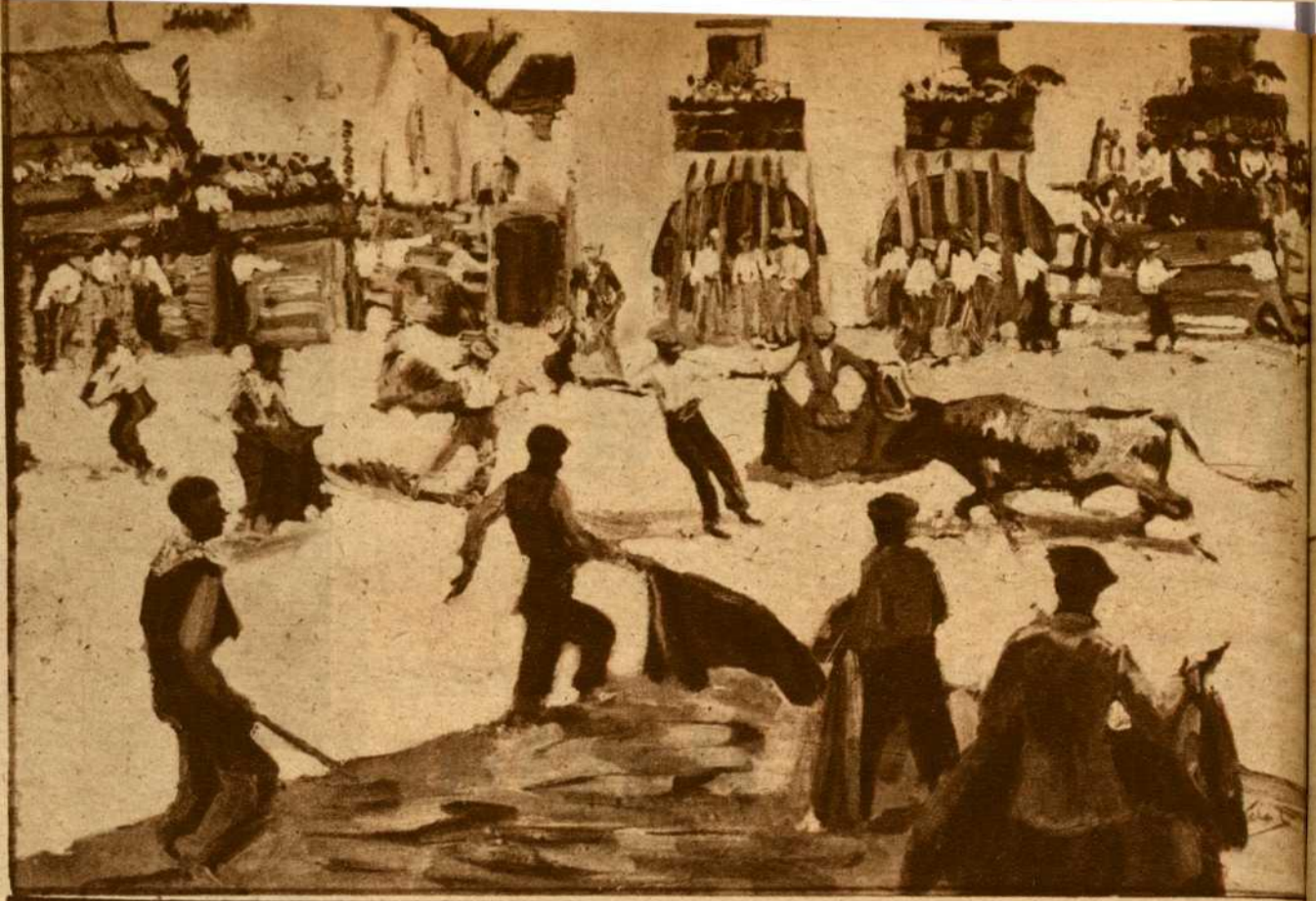
Por LUIS G. SICILIA

Oír las capeas! ¡Las capeas en Castilla! Para hallar la visión fiel de aquel grabado al aguafuerte, tan genuinamente propio y exclusivo de nuestro agro, es necesario remontarse a los años que royeron los zancajos del bobalicón siglo XIX, tan dormido en las edénicas plumas de la paz universal. Aun no había venido la primera guerra mundial a echar agua en el vino de nuestra confiada fe, que creía a ojos cerrados en todos los tópicos, barridos luego por mil vendavales. Balbuceaban los modernos medios de comunicación y todavía los pueblos, nuestros aletargados y típicos pueblos castellanos, vivían un mucho de influencias ancestrales que tenían su fuente en los tiempos más remotos y los usos más primitivos. Y una de las manifestaciones de ello cuajaba en las capeas, fiesta digna de la torturada, al par que naturalísima, forma de expresión de un Goya, de la pincelada áfica de un Quedo, la glosa recia y brava de un Arcipreste de Hita o la sutileza irónica de un Vélez de Guevara.

Por viejos, ya que no por diablos, sabemos de aquellas manifestaciones del pulso rural, y ha quedado en nuestra mente, como en carne viva, el recuerdo imborrable de algunas de ellas, tales como la vaines a traer aquí a colación, como ejemplo y tipo de todas.

Era el estío, Castilla —mejor dicho, la Alcarria— ardía aplanada por un sol que parecía derretir plomo en un aire espeso y agobiante. Humeaban las rastrojeras que rodeaban un pueblo pardo, color de sayal franciscano. En el conjunto de casas de adobes, aplañadas, achaparradas, fundidas a la tierra seca, sólo la torre de la iglesia ponía la nota alerta de su campanario, índice único de expansión hacia lo azul. La Plaza, espacio abierto a la vida en común, ágora de toda maledicencia, había sido cercada con carros y talanqueras, dejando en el centro, espejo de estaño, la fuente, reposo pasajero en las tardes sin emoción de recuas sudorosas y de rebañes sedientos de sombra.

Una multitud ululante, borracha de luz, de calor, de vinazos turbios y espesos, con sed de emociones bárbaras, se anemaza en graderías y balconadas, se incrusta entre ruedas y tablonés, se cobija a favor de todos los huecos y salientes. Los mozos —¡oh, los mozos rurales de entonces!— Sueltas aquel día todas las pasiones atávicas, ellos, tan mesurados y sobrios otrora en el decir y en el gesto, tan púdicos casi, garrote en mano, corren, se empujan y atropellan, gritan, se esquivan y acometen, rodeando, siguiendo y precediendo a un torero morucho, pajuno, con gotas de casta en la sangre, que va de un lado a otro despavorido, en carreras sin meta, empujando, horro de codicia al rematar sus derrotes, a todo cuanto se le pone por delante, con ansia única e infinita de campo abierto y paz de dehesas. Las mujeres, desde la moza lozana hasta las viejas sarmentosas, estampas de conseja, pasando por las obesas comadres de carnes vacilantes y temblonas, enardecidas como en sábio aquelarre, animan o vituperan con chillidos y denuestos a los hombres, acuciándolos al mayor peligro. Y en el centro de aquel palenque de barbarie, dos, tres, cuatro figurillas juveniles ponen la gentil nota de su anatomía estatuaría y de sus sueños de éxito. Son los torerillos. Vinieron de lejos, en topas de vagón, agarrados a retraucas de carros, a pie por carreteras eternas de rectas y de agobio, por veredas escuetas, aspeadas, con hambre, con fatigas, con sed y sudores, mantenidos sólo por una llamita interna, luz de ilusiones doradas. De entre ellos destaca uno más cuajado, más terne, más jaque, más avisado por la experiencia de muchos años rodando por pueblos y pueblos. Es El Sese. Cuanto supo Rinconete, cuanto ideó Cortadillo, cuanto tramó el jocundo guía del ciego marrullero, aquel que bebió malicia en las aguas del Tormes, cuando sugirió su hambre a Pablillos, esa signatura pasada por sabida y revalidada para este aventurero de desventuras. Es el guía de la cohorte coetánea, aspirante a las glorias y gabelas de Cúchares, y más aún, por más positivas y bien remuneradas, de los Guerra y los Lagartijo. El sabe de andar esquivando tricrónicas por esos campos que Dios legó a los hombres; de saltar una tapia en ansias de un buen racimo, de unas brevas incitantes y aun de unos higos de tura, frescos en el corazón de su capa de punzante reboso; de pedir plañidero o retar jaquetón, según tenga el caso la salida, cerrada o franca; de tirarse de un tren en viaje, escurriéndose al suelo desde el estribo, tendido a lo largo en éste, con el capotillo liado al cráneo, y en contra de la marcha; de trastear alcaldes y pudientes para obtener la muerte del toro que ha de sacrificarse en cada capea, como tributo final de sangre a los manes de la fiesta de que aquélla es remedio; de sonsacar a patronas cerriles la sopa caliente, las patatas en caldo o, en último caso, el gazpacho scmero, más refresco que alimento; de escurriarse con la garantía, no obstarle los mil ojos con que lo vigilan —nuevos Argos— los escaradros cofrades; en fin, no hay treta, sisa, maña, expediente o timo, arte o habilidad de la brita y la picara, cuyo secreto no le hayan revelado sus muchos años de andar haciendo esas por la coiteza de la seca Castilla. Y en su oficio —que ya por sabido es en él más oficio que arte—. ¡Oh, en su oficio...! Linduras, primores, maravillas sabe. No hay toraco, por placeado, avisado y sabihondo que sea, con el que no se atreva. El sabe, apenas visto, cómo embiste, de que lado achucha, cómo recoge, con qué brio derrota, qué codicia lleva dentro, si la tiene, y qué tretas conoce, a su vez, en su experiencia de tirar viajes a torerillos incipientes o a mozos cerriles. ¡En cuántas ocasiones torero y morlaco se reconocen como enemigas viejas, a los que uno, no obstante, el recuerdo afectivo de lides personales pasadas!



Capea en un pueblecillo valenciano, interpretada por los pinceles de Martín Vidal Corella



Aguafuerte de una capea en un pueblo de Castilla. En el centro, el becerrrte; alrededor de él, los mozos dispuestos a "torearlo"

Pero aquel día... aquel día no le valió su ciencia. Frente a ella levantó la barbarie su bandera, dispuesta a saber de qué color eran las más íntimas prendas de nuestro héroe, hasta sus entrañas mismas, si llegaba el caso. A cada bicho que salía, y que, sabio de su obligación, daba dos vueltas en redondo a la Plaza, situándose luego a la puerta del toril, obstinado, hasta ganarse con su testarudez la salida, la multitud vociferante clamaba por otro, como la plebe en el circo pedía fieras a los Césares en los ludi maximus. Hasta que, al cabo, un morucho bien plantado, avieso, cornalón, grande como una catedral y viejo y experto como gladiador curtido en cien combates, irrumpió en el palenque, entre alaridos de júbilo. No se arrancaba el morlaco si no era a tiro seguro, para hacer presa. Y cuando el torerillo perseguido, que tenía que esquivar, a más de la certera acometida, el golpe de media sandía que le venía de los tablados, o el de una vara de algún mozo que lo seguía de cerca, cuando —repetimos— se acogía a sagrado y buscaba refugio entre ruedas, o trataba de escalar algún tendido, palcos caían en él hasta dejarlo a merced de su enemigo, o alfileres, en manos femeninas iracundas, pinchaban las suyas agarradas a las tablas, hasta dejarlo caer en las astas del zaino —que esa era su pelo—, el cual lo esperaba abajo, como chaval a breva madura.

Pero una vez, El Sese, lo cogió a favor de su intención y lucimiento y quiso sacar del caso el mayor empuje y brillo, la mayor fama para la hora agria de pasar el capotillo, reclamando premio pecuniario para sus proezas. Hacia la Plaza declive puesto el toro lejos de tablas, en lo más bajo de tal desnivel, El Sese vió ocasión de ganarle el envite por la mano, de abajo arriba, en una muestra de su arte —que sí que lo tenía—, al poner banderillas al cuarteo, al sesgo y aun al quiebro. Y citó al bicho, los garapullos en las manos. ¡Qué sabía, qué maestra por usada, la manera de citar! ¡Cuánto desplante y fachenda en la figura! Ya acudía el resorvón a la pelea, cuando el populacho, atisbando la ventaja del torero, con ese instinto criminoso que a veces acoge a las multitudes, haciéndolas maestras en sicarismos, clamó protestando: ¡No...! ¡Así, no...! ¡Había de ser cambiados los terrenos! Desde nuestro asiento gritamos al jaquetón que no hiciera caso. Fué inútil. Los cerriles mozos se llevaron al doctrodo pajuno hasta ponerlo, a su favor el terreno, en la parte más alta del espacio cerrado. Resignóse El Sese... ¡Qué le cabía hacer? O ello, o descomunal paliza que ya le anunciaban de no dar gusto a la multitud enardecida. Y con un gesto hacia nosotros, que fué despedida amarga, citó de nuevo a su enemigo.

Se produjo el drama. Cortó el toro los terrenos al torerillo heroico, que así supo jugarse la vida, y... cuando lo derribó por la espalda, tras desgarrar sus miserables prendas, hundió el cornalón en su carne más íntima y sagrada, más viril, dejándola pender en colgajos sanguinolentos. Un grito unánime llenó los ámbitos. Y hemos de confesar tristemente que no fué de pánico... sino de gozo... de alegría. Todas las fieras que yacen en el fondo de lo humano juntaron sus fauces para proferirlo.

Luego fué la cura, insuficiente, sin medios, sin el marco de clásicas normas preservativas, por imperio de las circunstancias, que no de la ciencia, bien representada en tal caso. Después... después el éxodo, con fiebre, temblante, alucinado, por veredas, por caminos, a pie, cada paso un dolor desgarrante en las entrañas... envuelto en una manta, rodeado de sus silenciosos cofrades... hasta la estación más próxima. ¡Kilómetros de agonía! Y, por último, la muerte en el hospital de Guadalajara, cuatro días después. Por el periódico Flores y Abejas supimos el final triste y solo de El Sese. ¡Dios lo tenga en su seno! ¡Flores y Abejas...! Ironías de la suerte. Las únicas mieles que el torerillo aventurero recogió en su vida, los únicos aromas que dieron afluvijs a su cadáver...

# JOSE PATON

## no ha perdido una corrida desde el año 1916

### La escuela sevillana y la rondeña



—Algo he escrito sobre nuestra Fiesta Nacional, y más escribiré si algún día mis ocupaciones me lo permiten. Terminada nuestra guerra, hube de hacer la Sección de Toros en *Arriba*. El periódico acababa de salir, y José María Alfaro, que era entonces el director, al no encontrar de momento un escritor técnico apropiado para el caso, me confió a mí el puesto mientras se encontraba al hombre. Fueron unos meses, hasta que vino Capdevila y pude volver a entregarme completamente a mis actividades. Después de esta actuación como crítico circunstancial he escrito algunas cosas más en diferentes periódicos.

—Sin embargo, usted puede decir muchas cosas sobre el arte de Pedro Romero.

—Es que apenas tengo tiempo para manejar la pluma. Tengo recopilada mucha documentación: anécdotas, recuerdos diversos, amistades de toreros retirados y en ejercicio...

—Ahí hay material para un libro bastante bueno...

—Por lo menos, de bastantes páginas. Pienso, desde luego, escribir de toros. Eso sucederá cuando mi actividad actual cese o, por lo menos, aminore y pueda disponer libremente de mi tiempo.

—Decía usted que ha sido torero..., aficionado.

—Sí. Y lo hubiera sido profesional si hubiera pasado hambre. Pero, gracias a Dios, yo he comido siempre regularmente, y creo que eso me impidió lanzarme a la dura aventura de los que quieren ser toreros. Recuerdos míos como «torero» conservo pocos. Ninguna cogida, a pesar de mis numerosas intervenciones. Sólo un palotazo en el brazo derecho al entrar a matar por segunda vez a un morlaco de bastante respeto en la plaza pública del próximo pueblo de Hortaleza. Victoriano Roger, el pobre Valencia II, que vigilaba hasta mis menores movimientos, me hizo el quite con mucha fortuna y no pasó nada.

Si hubiera que elegir entre los que van a la Plaza al aficionado sin claudicaciones, a ese espectador sin desmayos que invariablemente ocupa su asiento en todas las corridas —lo mismo en las buenas que en las regulares, lo mismo en las regulares que en las malas—, igual si la temperatura sopla a favor como si hay que aguantar la lluvia en el tendido; si hubiera que elegir, digo, es más que probable que el nombre designado fuera el de José Patón Garrido, aficionado con solera, a pesar de su juventud, crítico y escritor taurino, perdido para la fiesta porque sus ocupaciones profesionales en un mundo complicado de cálculos y números no le permiten coger su pluma bien tallada con la asiduidad que le pide su afición a toda prueba, su conocimiento de todo cuanto se relaciona con los toros.

—Desde cuándo va usted a la Plaza?

—De un modo asiduo, es decir, sin perderme un festejo de la categoría que sea, a no ser por causas de fuerza mayor, como estar fuera de Madrid o no poderme mover de la cama, desde 1916. Salvo contadísimas excepciones, yo he presenciado todas las corridas de toros y novillos celebradas desde ese año.

—Eso se llama ser un espectador constante.

—Desde luego. Peo es que yo no me he conformado con ser sólo espectador. He sido también actor, y he practicado el toreo en bastantes festejos, tientas y encerronas. Y estas experiencias de aficionado sobre el ruedo me han servido para apreciar mejor la labor de los profesionales, para calibrar exactamente su mérito extraordinario, para darme cuenta de las dificultades que tiene que vencer y que el público en general no ve...

—Eso es lo que le ha llevado, sin duda, a escribir sobre toros...

#### JUAN BELMONTE, EL MEJOR

—Hablemos de los toreros que usted ha visto.

—Toreros buenos he visto muchos. Pero, para mí, sólo ha existido un torero: Juan Belmonte García... Leer he leído cuanto ha caído en mis manos sobre los toros. Como consecuencia de tal aprendizaje teórico, yo veo en el toreo dos escuelas principalísimas: la sevillana y la rondeña. En la sevillana, yo he sido «gallista». No «gallista» de Joselito, sino «gallista» de El Gallo. No he visto ejecutar estilo preciosista lidiando toros como a Rafael. Joselito fué un lidiador inmenso: el maestro dominador de todas las suertes, el mejor conedor de las reses bravas. El divino calvo fué en el ruedo el mejor pintor de acúarelas taurinas de su época.

—¿En cuanto a los actuales?

—De los de hoy, para mi modesto criterio, el mejor torero de la escuela sevillana, después de Chicuelo, es Antonio Mejías (Bienvenida).

—¿Vamos a Ronda?

—Vamos. ¡Ah! La escuela rondeña es otra cosa. Si tuviéramos tiempo, le diría algo sobre las enormes diferencias que separan, sustancialmente a las dos. Mi preferida siempre ha sido la rondeña. Sólo le diré que toreros clasificados o clasificables en la escuela sevillana ha habido, hay y habrá siempre muchos, hasta los que no se pueden clasificar. Los clasificados en la rondeña han sido siempre pocos, y en épocas, ninguno. Después del «tránsito» hemos visto al Niño de la Palma unos momentos, a Gitanillo de Triana con el capote. Hasta llegar a Domingo Ortega. El estilo neutro de este lidiador nos llevaría más lejos de lo que puede dar de sí esta entrevista.

#### UN MANO A MANO ORTEGA-MANOLETE

—¿Y... Manolete?

—Manolete, con todos mis respetos, no me dice nada nuevo a los treinta años de Belmonte, a los veinte del Niño de la Palma, y, sobre todo, a los diez de Ortega. Y diga usted que vería con sumo gusto un «mano a mano» en Madrid entre Ortega y Manolete. Creo que toda la vieja afición madrileña estará conforme. Dos estilos parecidos, con medios diferentes. Dos muñecas aptas para el manejo enérgico de la muleta; dos capacidades distintas enmarcadas en idéntica intensidad.

#### CANTIDAD Y CALIDAD

—Ahora pasemos a los toros de ayer y de hoy.

—¿Qué quiere que le diga? El producto que se lidia hoy en las



Plazas es algo esporádico que tiene poca relación con el toro de lidia. Es un producto de las circunstancias. Los ganaderos de ayer, Vera-gua, Miura, Urcola, Santa Coloma, Pablo Romero, gastaban muchos miles de duros en sus ganaderías. Hoy no sé cómo cerrarán sus ejercicios económicos algunos ganaderos de Salamanca e incluso de Sevilla.

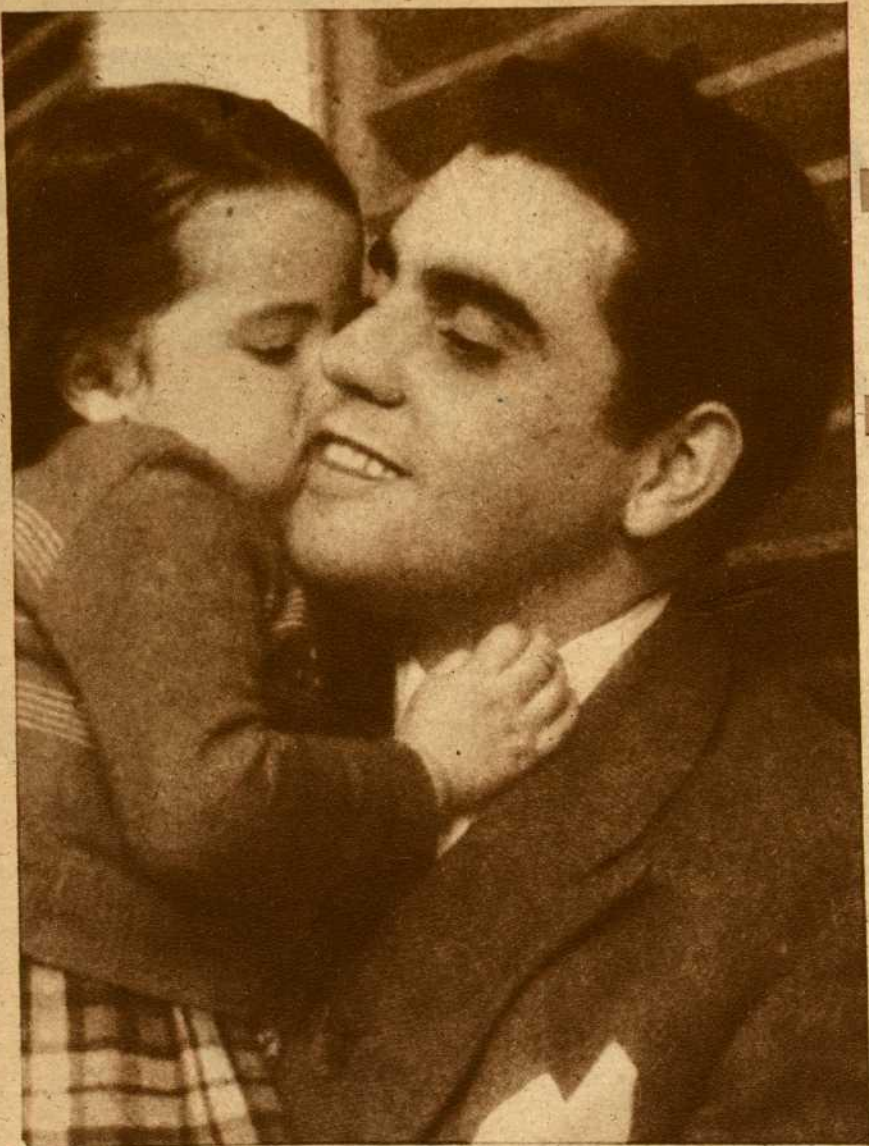
—Han cambiado los tiempos.

—¡Figúrese! Yo recuerdo, por ejemplo, lo que costaba a los mejores toreros de España figurar en el abono de Madrid. Ahora no hay abono. Vea usted lo que cuesta. Cualquier advenedizo «recomendado» que se ha puesto delante de dos o tres novillos y se ha parado en presencia del recomendante más que del novillo, salé a la Plaza de Madrid como podía salir a la de Filipichí, y ya es torero. La Plaza de Toros de Madrid dió siempre la norma a todas las demás. Ahora la recibe de cualquiera. Es igual que los públicos. Ya no son los aficionados de otra época. El aficionado es hoy espectador. Los toros ya no son como en 1916. El espectáculo es eso: un espectáculo. Espectacular. Como lo es aquel en el que se ejercite cualquier deporte fuerte. Vea usted la competencia entre el fútbol y los toros. Claro que los públicos aumentan. Por eso se llenan todas las salas, los campos y los circos. Al aumentar los públicos se hacen más heterogéneos, más amplios, más difusos. Aumenta la cantidad y disminuye la calidad. Ponga sobre esto que los públicos de hoy son aficionados a todos los deportes. Entienden de todo. Y como son los que pagan el espectáculo, aplauden o silban cuando quieren, porque les da la gana. El gusto ha sido siempre una consecuencia de la observación. Los públicos de hoy observan demasiado. Y algunos toreros, que entienden a los públicos mejor que a los toros, se van alzando y exigiendo lo que los públicos no quieren dar. Son un producto nuevo de los públicos. No pasarán a la Historia. Pero mientras dura..., se enriquecen.



# Charla de fin de temporada

«Por mi afición y conocimiento del toreo, aun estoy en condiciones de presentar batalla»



Curro Caro, en su hogar, abrazado por su hija



El popular matador de toros madrileño, en su charla para EL RUEDO

**A**DVERSA suerte la de este mozo de gallarda estampa, tez morena y altiva cabeza de hirsuta cabellera, que se llama Curro Martín Caro.

Este torero madrileño, que en la última temporada quedó un tanto rezagado en el recuerdo de las Empresas, vió con dolor cómo se extinguía el año taurino sin que su nombre apareciera en los carteles del tauródromo de las Ventas del Espíritu Santo.

No están tan lejanos los días de la iniciación de Curro Caro para que se nos haya olvidado su triunfal y meteórica ascensión. No más allá de 1935 confirmaba su alternativa y después de sumar veintiuna corridas en España, se embarca para cumplir sus compromisos en las Plazas venezolanas.

Al año siguiente, hasta el 18 de julio, Curro llevaba sumadas veintidós corridas. Por entonces su estrella brilla con luz propia, hasta el punto de hacer su nombre imprescindible en los carteles de rumbo, donde junto a los maestros consagrados se quiere contrastar los méritos del hermano del Chiquito de la Audiencia.

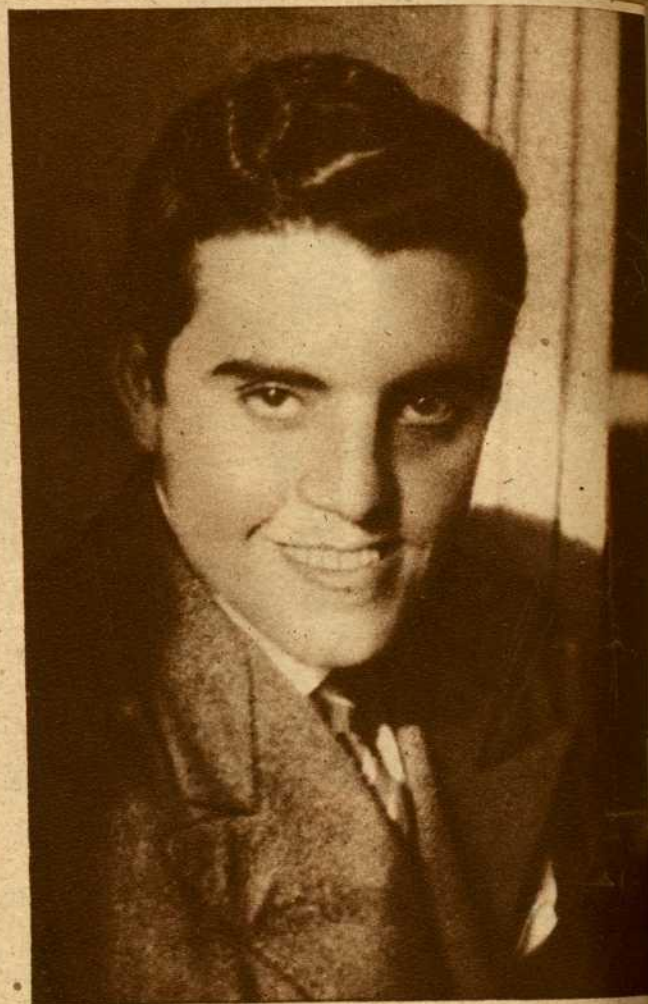
En Madrid consigue Curro coronar la proeza de cortar orejas en cuatro corridas consecutivas. Domingo —que le apoderaba, junto con Ortega y Armillita— le tenía firmadas sesenta corridas. Curro Caro está en plena forma. Poco a poco había llegado a adquirir una destreza profesional y un aplomo, que sus paisanos son los primeros en jalar.

De repente, el huracán de fuego y de hierro se desata sobre el solar de la Madre Patria. Y el vendaval de sangre, heroicidades y sacrificios se lleva el presente espléndido de Curro Caro. Tan pronto los «abuelos» del quince y medio y la fusilería concluye su sinfonía de acero, nuestro hombre vuelve presto a la palestra para recobrar el tiempo perdido.

El torero se sentía tan firme y seguro como en julio de 1936. Pero ha llovido mucho desde el día que lo sacaron en hombros por la puerta grande de la Monumental madrileña, han surgido nuevos valores, la competencia aprieta cada vez más y el triunfo es tarea muy dura de labrar.

Y el torero catalogado de artista fino y elegante queda en situación estacionaria durante los años inmediatos al cese de la contienda.

Pero Curro Caro es un hombre cabal que sabe sacar de su espíritu los resortes suficientes para templar su



Un gesto sonriente de Curro Caro, esperanzado con la temporada próxima

amargura y transformarla en alegría de vital eficacia. Por lo menos, nada de lóbregos pesimismo ni lamentaciones acogojadas le oí durante todo el transcurso de la última conversación que con él sostuve.

Y con su abierta sonrisa, como un presagio de bienandanzas, habló esperanzado:

—Mi voluntad de aquí en adelante me ayudará a superarlo todo y a torear con la fe y el sentido de responsabilidad de mis mejores años.

—¿Cuántos cabalgan sobre esas fornidas espaldas? —Veintiocho asenderados inviernos, y vea usted que todavía estoy muy lejos de sentirme viejo ni agotado. Creo que por afición y conocimientos del toro aun estoy en condiciones de presentar batalla.

—Pero, ¿usted cree que estas ilusiones sentidas ahora podrán suplir a aquellas otras marchitas por el tiempo?

Curro se ha puesto serio por un momento; pero en seguida, como si quisiera disipar una fugaz preocupación, dice animoso:

—Puede ser que antes tuviera la ilusión un poco velada e inconstante de los diecisiete años, edad de mi alternativa. Ahora, en cambio, sé muy bien por quién lucharé y cuál es la meta de mis ambiciones: rodear a mi mujer y a mi hija de un vivir cómodo y al abrigo de inquietudes.

—¿Y no le preocupan los vaticinios que se hacen sobre la dureza de la próxima temporada?

Rápida como una saeta surge la respuesta del torero: —¡Para aspereza la que había que vencer en los tiempos en que yo era novillero! Entonces se competía, no con una o dos figuras —como sucede hoy—, sino con cinco o seis situadas en la plenitud de su gloria. Eran los días en que Ortega, Marcial, Barrera, Villalta, Manolo Bienvenida, Armillita, Félix Rodríguez, Niño de la Pal-

# CURRO CARO habla para EL RUEDO

«Los públicos de ahora son mucho más benévolo  
que los que conocí cuando empezaba a torear»

ma y tantos otros acaparaban la atención de públicos y empresas. Además el salto de novillero a matador de toros tenía una respetable diferencia. Yo recuerdo que los últimos novillos que estoqueé pesaron 210 kilos, y en cambio el toro de mi alternativa pasó de los 370.

—Bien, amigo Curro; pero convenga conmigo en que hoy se torea mejor que nunca.

—Estamos en plena época moderna y, por lo tanto, no podemos juzgarla con desapasionamiento. Hemos caído en la manía de olvidar que antes de la guerra se hacía también un toreo de excelente factura. Buena prueba de ello eran aquellas faenas de encajes de bolillos del llorado Curro Puya o el arte exquisito de aquellos naturales del malogrado Félix Rodríguez...

—¿Pero...?

—Déjeme terminar. Todo cuanto le dije hasta aquí no contradice lo que ahora voy a decirle.

—Vamos allá!

—Posiblemente «el parón» de ahora no podría hacerse con toros sobrados de genio, engordados a pienso. Al menos no se realizaría con la constancia y perfección que hoy se ejecuta. Conseguirlo, ayer como ahora, sería misión sólo al alcance de genios de la talla de un Manolete, y éstos no abundan.

—¿Cree usted en las dificultades para sostener el puesto conquistado?

—Cualquier torero, conociendo el oficio, si tiene un poco de suerte y goza de una excelente administración, puede llegar arriba. Lo difícil es saberse mantener y resistir el empuje de las novedades que invariablemente

surgen cada temporada.

—¿Le agradaría lidiar toros de un corto número de ganaderías?

—He llegado a amoldarme a las características del ganado que me echan. De la brusca transición de torear ganaderías buenas y malas he llegado a asimilar las dificultades que ofrecen los toros peligrosos. Ahora que a mí, como al primero, me agrada el ganado cómodo, que permite realizar ese toreo que hoy tanto gusta a la afición.

—¿Encuentra gran diferencia entre los aficionados «bisoños» y las viejas «cátedras» de entendidos?

—Los públicos actuales son mucho más benévolo que los que conocí cuando empezaba a torear. Aquellos eran más rencorosos y recordaban durante mucho tiempo, a veces durante años enteros, las tardes desgraciadas de los espadas.

—¿Qué opina del porvenir taurino de su hermano Antonio, el benjamín de su dinastía?

—Lleva tres años de aprendizaje y creo está lo suficientemente cuajado para que este año pueda presentarse ante el público de Madrid. Le veo sobrado de facultades, se han puesto los medios para que sea un excelente torero; pero el resto es asunto personal del interesado.

—¿Cuántas corridas toreó usted el año pasado?

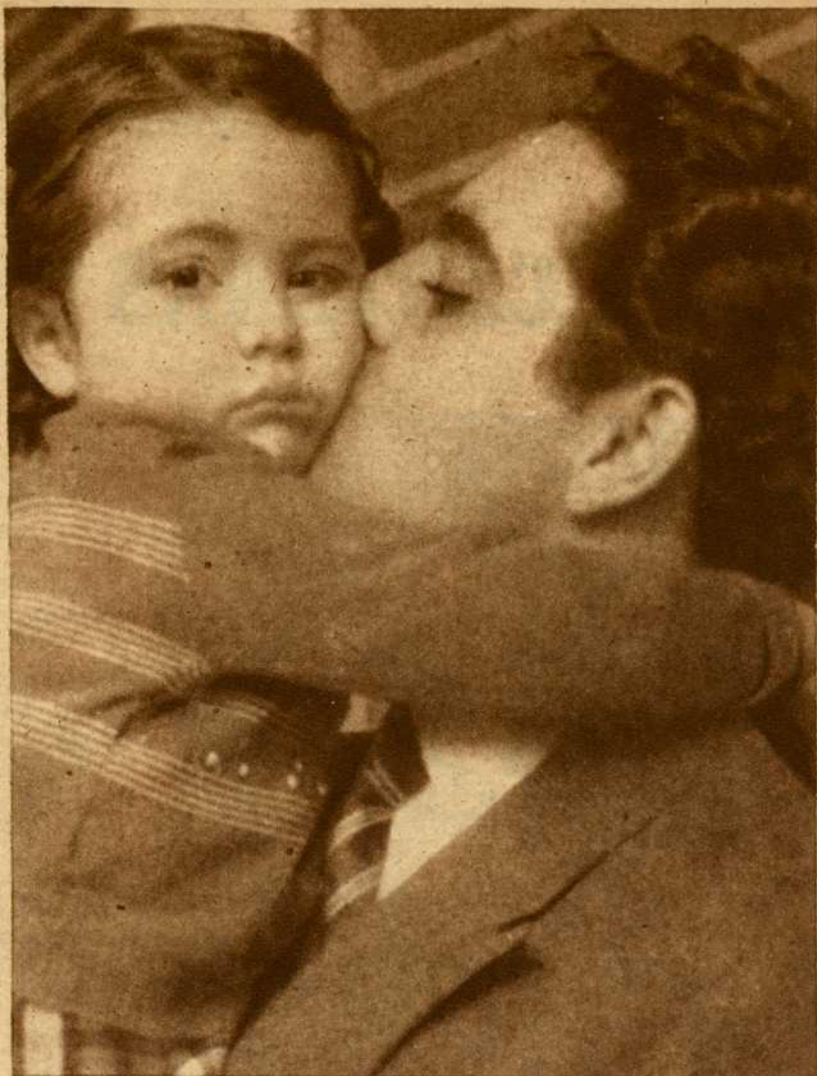
—Catorce. Fué el primero de mi vida de matador de toros en que por desconocidos motivos no pude torear en mi patria chica, y con una actuación discreta que hubiera tenido, seguramente habría duplicado el número de corridas.

—Y entre dicho número, ¿en cuál estuvo más acertado?

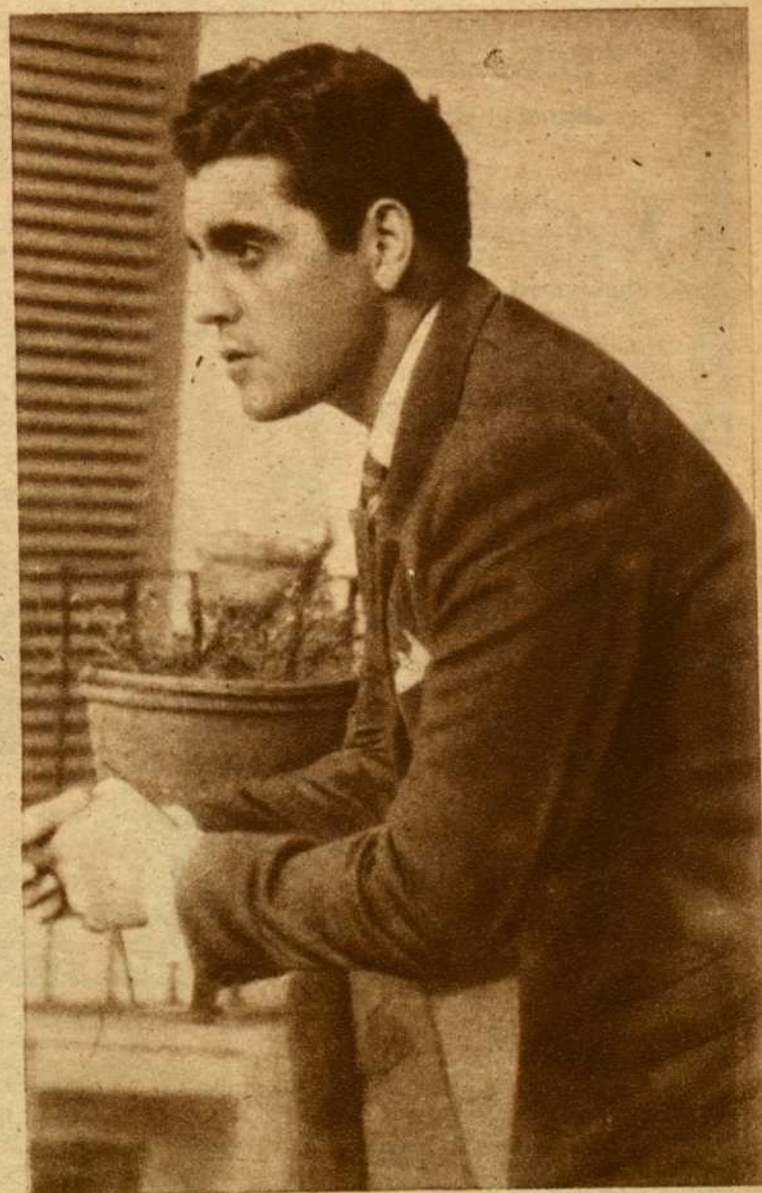
—En Gerona conseguí cortar orejas y rabos. Esto, con ser interesante, no lo es todo. Lo fundamental aquella tarde es que en el ruedo se hallaban Manolete, Pepe Bienvenida y Alvaro Domecq.

—¿Qué va usted a hacer hasta la reapertura de las Plazas de Toros?

—Esta misma semana saldré con mi hermano Antonio para El Escorial. Y en la finca que allí tiene el ganadero don Pedro Moreno del Castillo pienso permanecer hasta el 25 de marzo, Domingo de Ramos, en que de nuevo volveré a vestirme de torero, esta vez en Lisboa. Y luego a esperar, con la impaciencia del principiante, que se me abran de nuevo las puertas de la Plaza de mi Madrid querido.



Al margen de la fiesta, el matador madrileño vive la vida de hogar y en el que su alegría es la hijita que le abraza



Desde el balcón de su casa, contemplando el paisaje madrileño (Fots. Manzano.)

Curro Caro, hablando de la próxima temporada, tiene el gesto serio del que espera confiado

F. MENDO

# LAS CASTAÑAS Y LOS TOROS DE LIDIA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Una estampa clásica. La castañera vende su mercancía al modesto transeúnte

Las pequeñas industrias que caracterizaron desde tiempo inmemorial al casticismo de barrio bajo encuentran hoy, compitiendo dentro de sus alcances, una modalidad de pequeño negocio que bebió las ciencias económicas a morros en el mismo cantarillo boquino.

No puntualizamos la cuantía de los desembolsos ni los resultados crematísticos; que hoy nos contentaremos comentando la capacidad técnica e industrial y los elementos precisos para desarrollarla, que es lo que nos interesa.

Mucho facilita nuestro empeño comparar, mejor que definir, buscando el paralelismo con algo de apariencia tan vulgar y concepto tan primario como un puesto de castañas. Y encontrada ladirectriz, hablemos de las actuales ganaderías de toros de lidia punto por punto para que nada se quede atrás y pueda creerse que lo soslayamos intencionalmente.

Para mayor orden y claridad, dividiremos en capítulos el cuestionario

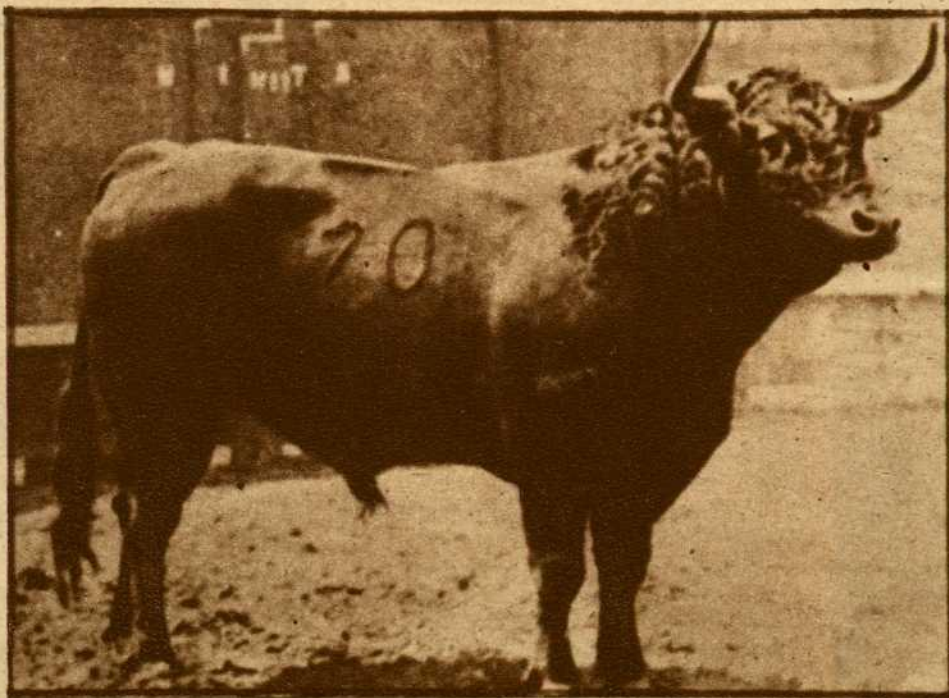
Capítulo primero.—El castañar y la dehesa.

Capítulo II.—La castaña y el toro de lidia.—La castaña mollar, la calentita y el marrón glacé.—La agusanada, la huera y la pilonga.—Utreros y cuatroños.—La depauperación artificial.—El toro mechado, el macerado y en confite.

Capítulo III.—Proveedores y beneficiarios.—El entrador y el detallista.—Ganaderías de abolengo.—La adquisición de cincuenta vacas pajunas y un sementalito de desecho.

Capítulo IV.—El puestecillo en el esquinazo de calle céntrica, la mesita de pino; el anafe y la olla con agujeros.—El mantón de espumilla y la bufanda.—La paleta y el papel de estraza.—El pequeño predio en campos andaluces, colmenareños o salmantinos.—Un par de caballos, seis pesebrillos y un cubo de estaño.—El traje corto, los zahones y la manta estribera.—La garrocha de pino y la manzanilla.

Capítulo V.—El kilo de carbón; astillas y periódicos viejos.—La hectárea de regadío; afrocho de tercera; guijas y paja de garbanzos.



El famoso toro Boavio. Trapío, bravura, cornamenta, casta y poder. ¡Un toro!

Capítulo VI.—El humo y el pregón.—¡Calentitas, que queman!, y ¡a las pilonguitas pelás!.—El reportaje; la interviú y la información gráfica.—La tienta y las magras con tomate.

Capítulo VII.—Calidad, pulcritud y presentación.—Son mollar y de Galarrosa.—Casta, docilidad y pelecho.—Originarios de Parladé y Santa Coloma.

Capítulo VIII.—El pequeño comercio.—La medidita de madera y el cucurucho.—El estraperlillo y la venta libre.—Diez céntimos una castaña y cincuenta la pila de seis.—El trato breve y el contrato impreso: La falta de peso y el arreglo de pitones.—Diez mil pesetas un utrero y cincuenta mil la corrida.

Capítulo IX.—Lamentaciones.—¡Todo cuesta un sentido!—¡Señora: que ha entrao una podría en el montón!—¡Apáñate y alégrate que no fueron dos!—¡Pero si éstos son guisantes...!—Lamentaciones y compañerismo.—Un toro protestado y multa a la Empresa.—¿Sí?—¡La temporada próxima serán dos!—¡Al toro, que es una mona!

Estos nueve artículos pueden concretarse en dos:

Primero.—¡Estas son castañas!

Segundo.—¡Si las quieres, las compras, y si no las dejas, que otro apencará con ellas!

Expuesto el cuestionario, se admiten alumnos por correspondencia.

Aunque creemos que todos pueden contestar las preguntas sin marrar en las respuestas que podrán daros los asiduos lectores de EL RUEDO, que es decir la afición taurina de España.

Ni que decir tiene que no señalamos a nadie y que seguramente habrá muchos ganaderos con más de mil hectáreas y de dos caballos; con conocedores ceceantes y que no trinquen la garrocha como un escobón, y con el orgullo de lo que crían y la suficiente conciencia para no apretar las clavijas, no a Pelé y a Melé, ni siquiera a Fulanos y Perenganos, sino a este Juan Español, que todavía —lleno de buena fe o por bienaventurado atavismo— se emboha ante un cartel de ferias y le siguen repicando en el alma campanillitas de plata cuando taconeá camino de la Plaza con su entrada de sombra en el bohillo y cargado de remordimientos.

¡Claro! Tiene ya cincuenta años y se acuerda de cuando por una perra gorda se admiraban en las barracas de los feriales aquellas pulgas amaestradas que después de su trabajo *pastaban* en el rollizo brazo de la amaestradora.



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# La muleta de BOMBITA y la espada de MACHAQUITO

**A**NTES, Lagartijo y El Guerra; después, Joselito y Belmonte. Y ellos —Bombita y Machaquito— en medio.

En medio, a modo de puente trágico, uniendo las dos épocas quizá más brillantes de toda la historia taurina.

Venía la fiesta de una denodada competencia, en la que más ponía la pasión que la realidad. Y era el público, en fin de cuentas, el otro espada. Porque Lagartijo, ya viejo y a punto de retirarse, y Reverte y El Espartero, con arrestos, pero sin calidad suficiente, no eran contrarios para el «monstruo» de aquella época: Guerrita.

Por eso era la afición la que, a falta de un matador que empujara, se alzaba en contra de aquel gran lidiador que dominaba todas las suertes con sin igual soltura.

E iba la fiesta a la más completa de las rivalidades profesionales y espectaculares que jamás hubo. Estaban ya naciendo los gallistas y los belmontistas.

Y en un paréntesis, Ricardo Torres y Rafael González. Y a modo de puente trágico —como

dijimos antes—, porque esa época de transición se mantuvo gracias a la muleta de Bombita y a la espada de Machaquito, apoyadas ambas en un gran corazón lleno de coraje y de vergüenza torera.

El drama se asomaba tarde tras tarde a los ruedos donde ellos toreaban y les rasgaba la taleguilla.

llevándose, en más de una ocasión, pedazos de carne entre el oro rutilante de los alamares. Pero, ¡qué más daba! Ellos volvían entre algodones, si era necesario, a seguir cimentando su monumento de pundonor.

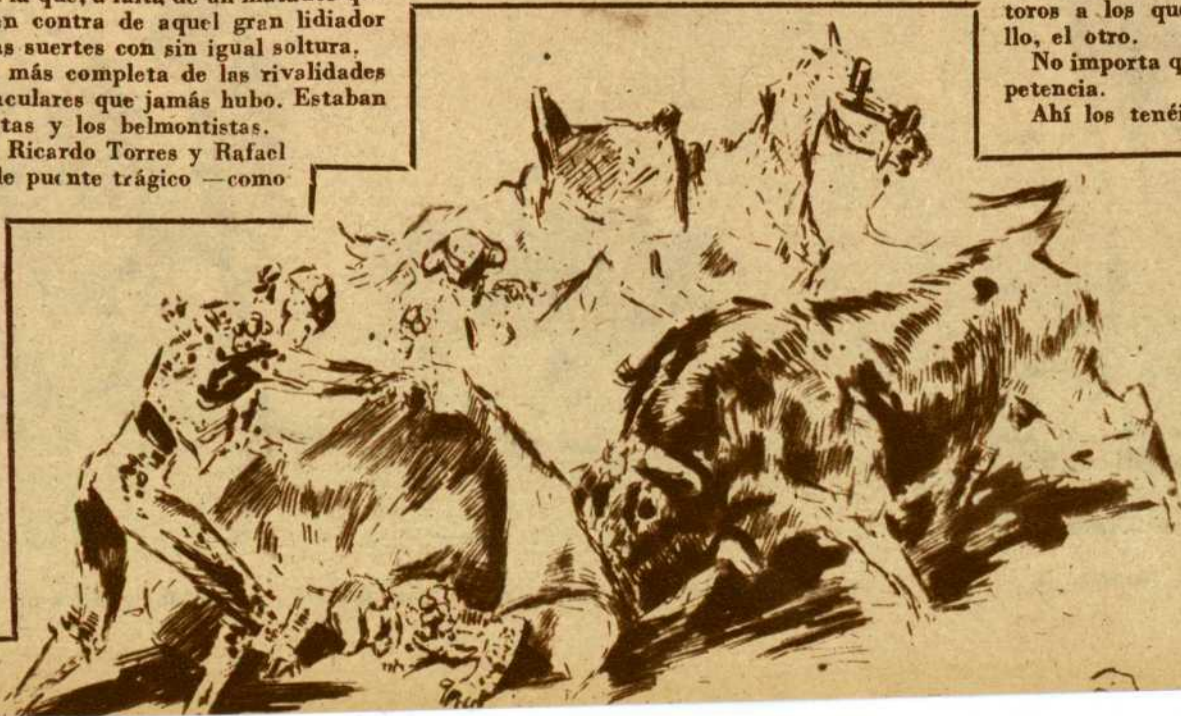
El público, ávido de lucha, los quiso enfrentar, y aunque ellos no rehuieron el encuentro, no hubo competencia. Completamente disparas en sus características, su pugilato no interesaba. Y no lo hubo, por tanto.

Cada cual por su vereda, abiertas ambas a fuerza de pisar fuerte y con voluntad, Machaquito y Bombita llegaron hasta donde tenían que ir. Con la gracia particular y peculiarísima de su muleta, uno, y a fuerza de abrirles el corazón de la primera estocada, a unos toros a los que apenas les veía el morrillo, el otro.

No importa que los enfrenten; no hay competencia.

Ahí los tenéis a punto de saltar al ruedo en un mano a mano.

Ambos darán cuanto llevan, y sin embargo no habrá lugar a «cismos» apasionados. Pero eso no es lo que importa en este caso. Ellos tienen sobre sí una misión de gran importancia que cumplir. Sobre sus dos corazones se ha de apoyar, en puente trágico, un paréntesis de la fiesta, en cuyos extremos van Lagartijo y Guerrita, antes, y Belmonte y Gallito, después.



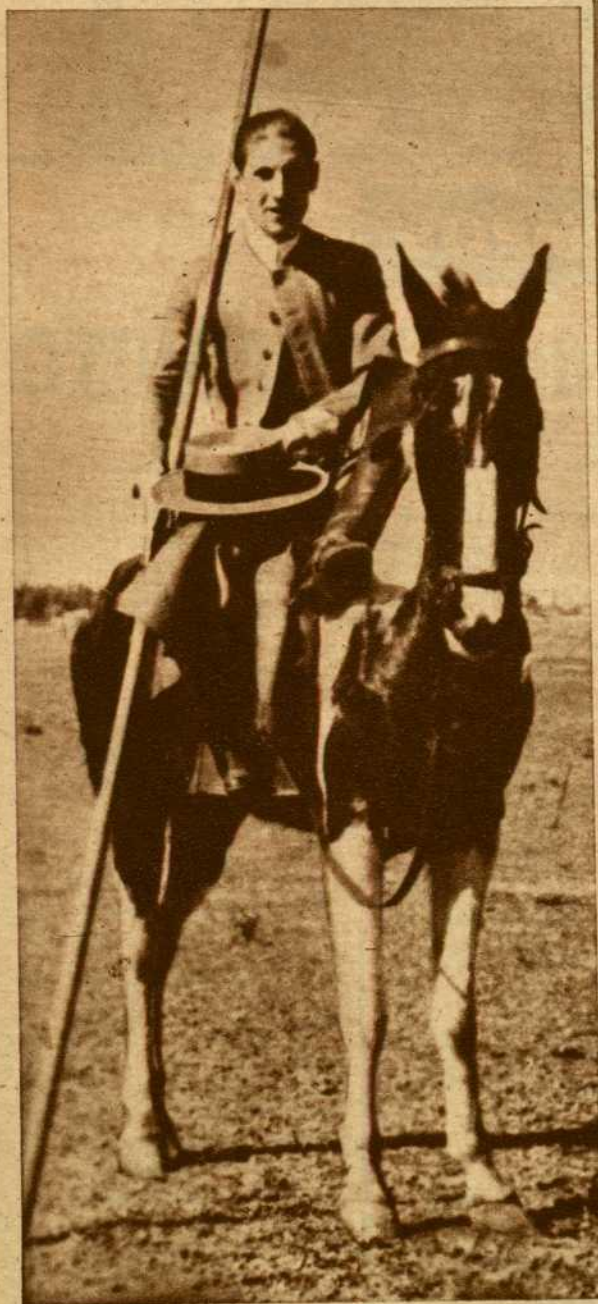
# TIENTA DE RESES BRAVAS EN EL QUINTILLO



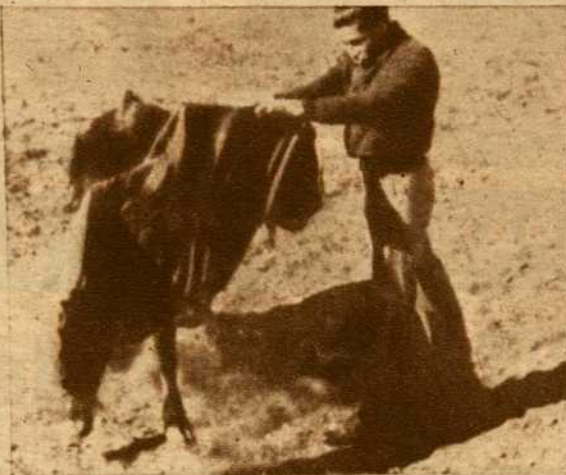
El ganadero Juan José Cruz, Chicuelo y José Belmonte, vistos en la tiente de reses celebrada en El Quintillo



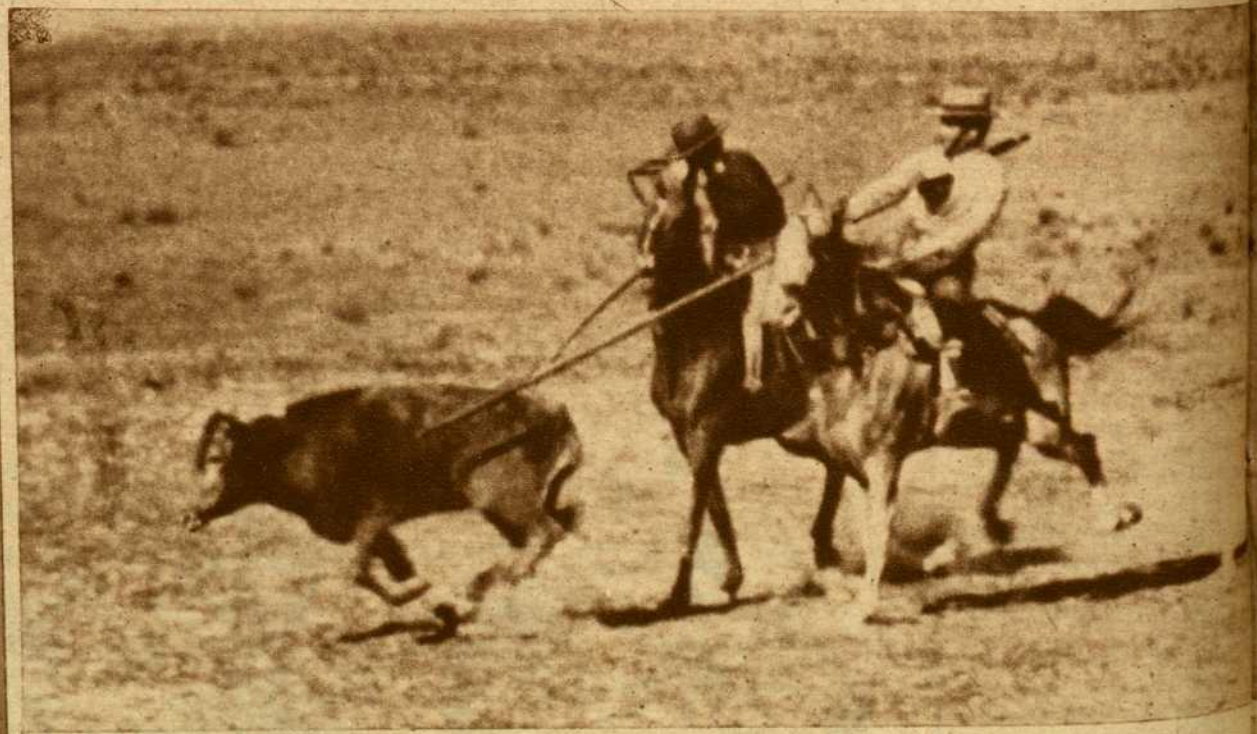
Alvaro Domecq, que tomó parte en la tiente



Angel Luis Bienvenida, que también participó en la tiente



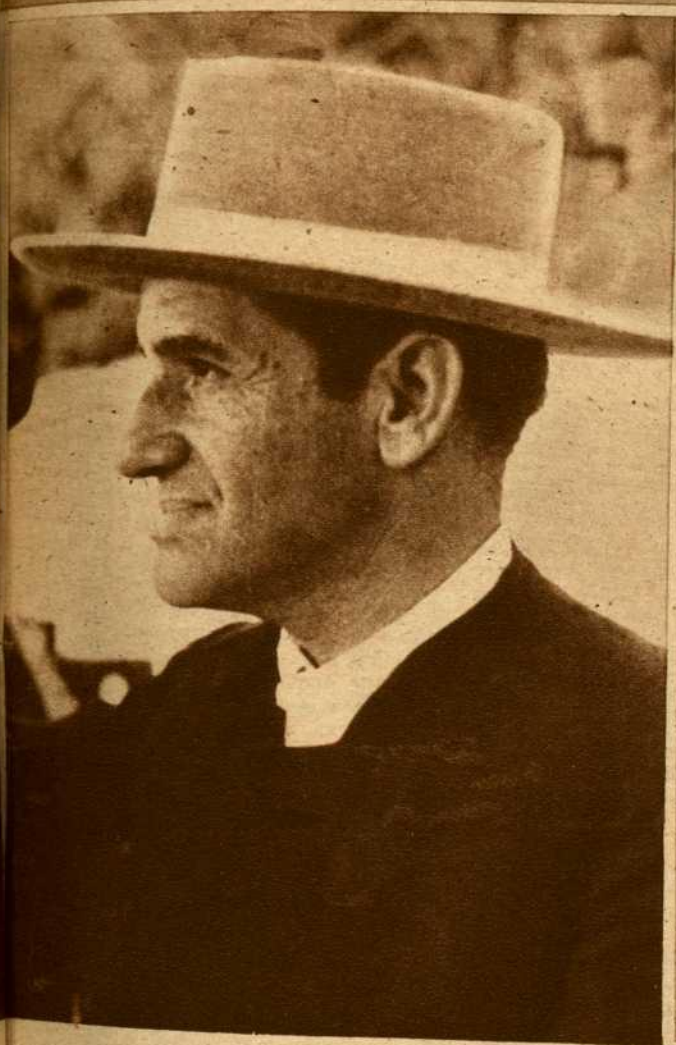
El Niño de la Palma (hijo) muleteando a un becerro



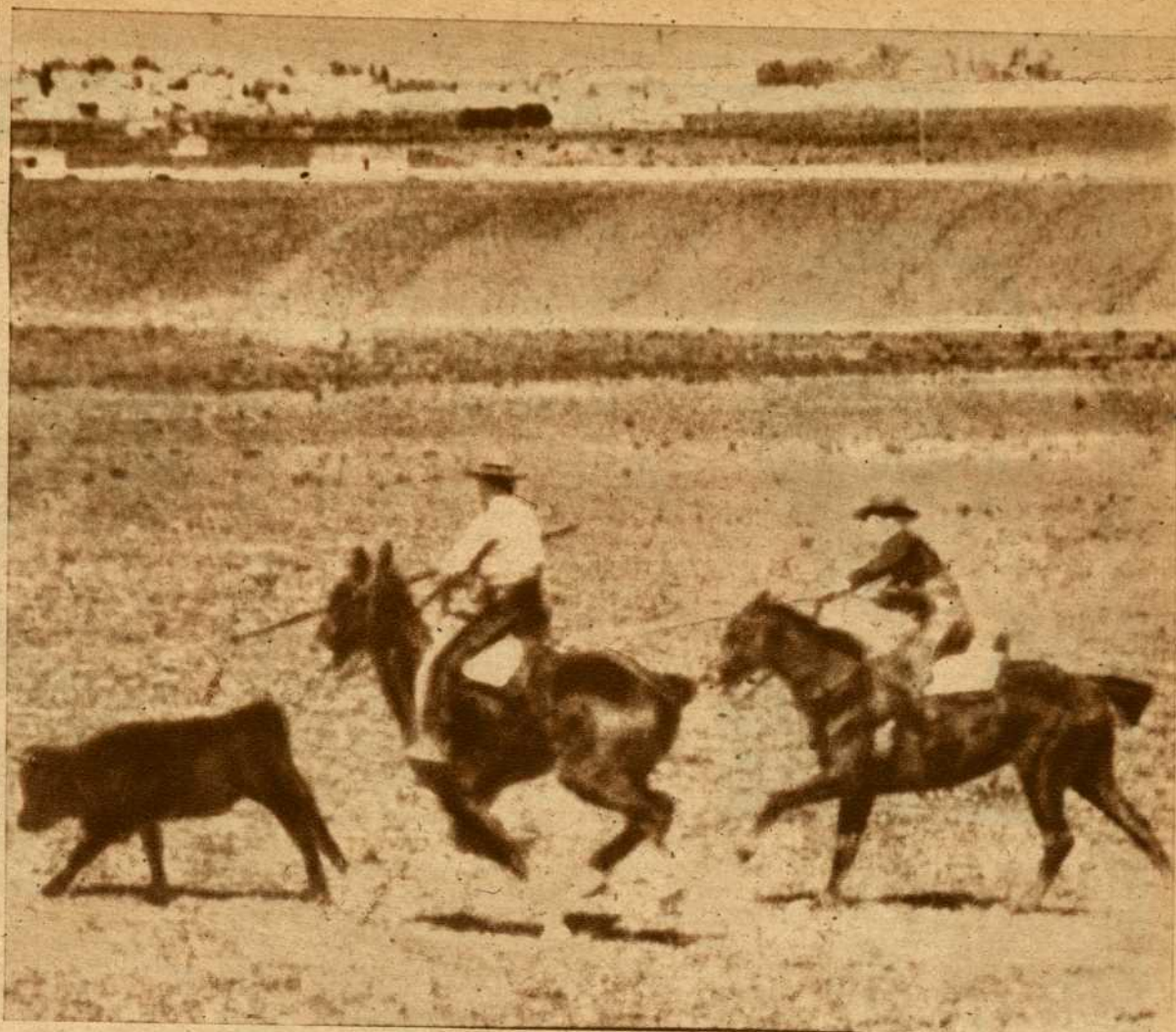
El bello instante en que los jinetes dan alcance a la res, que siente sobre sí el roce de las garróchas

# Fiesta de Campo en la ganadería sevillana de D. Juan José Cruz

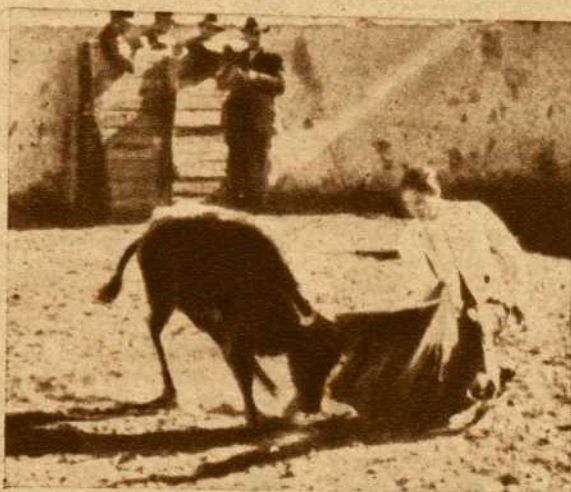
Tomaron parte, entre otros, Alvaro Domecq, Juan Belmonte, Angel Luis Bienvenida y Paquito Casado



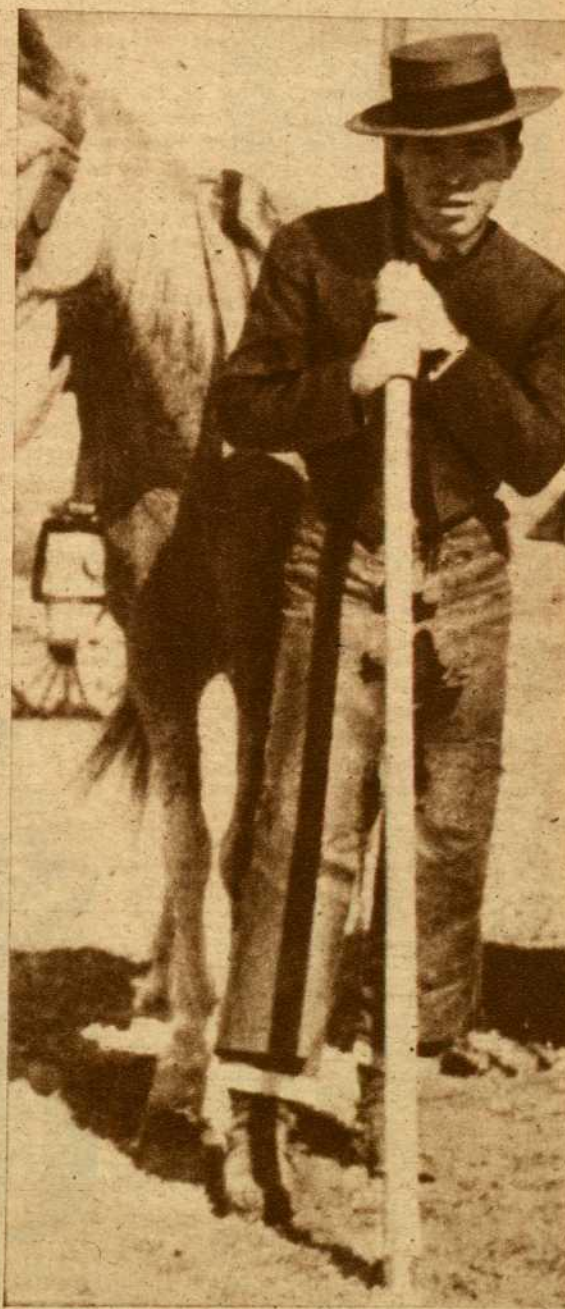
Juan Belmonte, que también participó en la fiesta



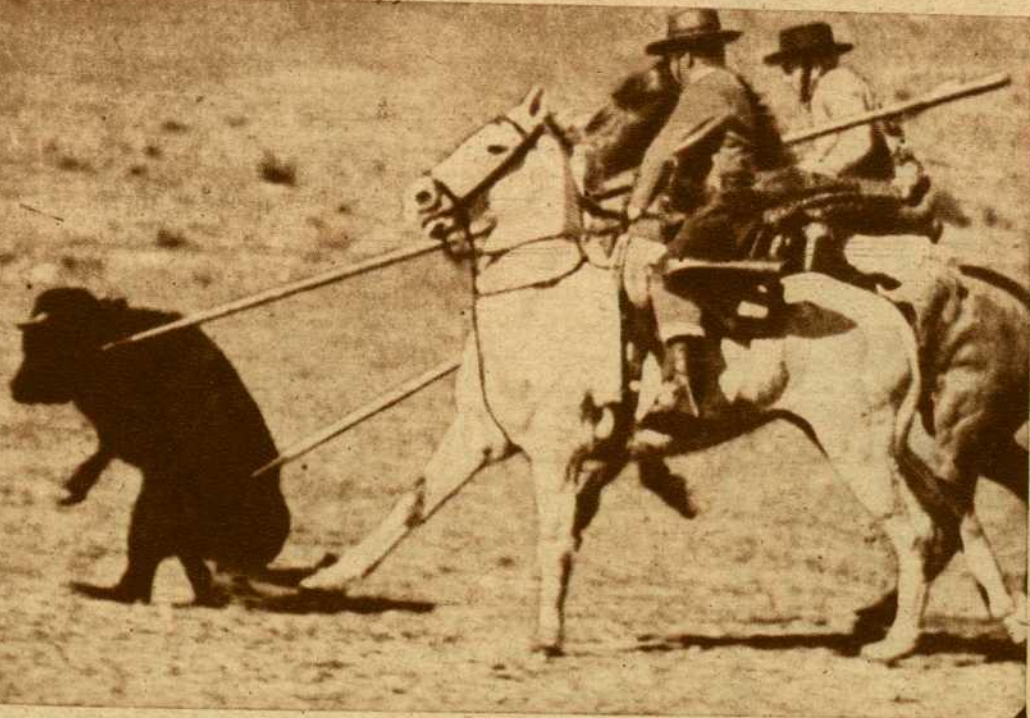
Estos dos jinetes, con la garrocha lista, persiguen a la becerria, que al final será derribada. (Fotos Mari.)



Angel Luis mulieca de rodillas a una becerria



Paquito Casado, que también tomó parte en la fiesta campera



Otro momento del acoso de reses. Los dos jinetes han dado alcance al becerro y lo derriban con las garrochas



## SEMBLANZA Y RECUERDO DE Manuel Báez, LITRI

por Agustín A. Toral

**M**ANUEL Báez, Litri, pasó por el toreo como un vendaval, dejando tras de sí una estela de valentía ciega, rayana en la temeridad, y también la remembranza triste de una vida juvenil destrozada.

Nació en Huelva el 3 de agosto de 1905 y murió cuando contaba solamente veintiún años. Era hijo del antiguo espada Miguel Báez, que usó el mismo apodo y se hizo famoso por sus temeridades, siendo uno de los lidiadores más duramente castigados por los toros.

Litri, hijo, sintióse bien pronto aguijoneado por la vocación tauroma. Y su padre, que conocía todos los dolores y amarguras del toreo, quiso extirparle de raíz la afición sometiéndolo a una prueba cruel. Siendo Manolito aun un niño, lo encerró con un toro grande y de gran aparato, al que previamente y sin que su hijo lo supiera, lo afeitó, es decir, le aserró la punta de los pitones.

Pero el chasco que se llevó el viejo Litri fué morrocotudo. Su hijo, lejos de amilanarse, hizo constantes alardes de valor, resultando cogido numerosas veces y con un palizón terrible. El señor Miguel, asustado de su propia obra, pretendió retirarlo a viva fuerza del lugar de la prueba, resultando vano su intento. El chiquillo, ebrio con su hazaña, cada vez que era cogido volvía al toro más valiente, llegando a establecer un verdadero pugilato con la res.

Convencido el autor de sus días de que sería inútil su oposición e incluso contraproducente, lo dejó a su libre albedrío. Y el 25 de mayo de 1923 se presentó como novillero formal en Valencia, armando tal alboroto, que le abrió de par en par las puertas de todas las Plazas de Toros. Otro triunfo de escándalo obtuvo el día de su debut en Madrid — 27 de agosto de 1924, alternando con Lorenzo de la Torre y Zurito, novillos de Coquilla —, decidiéndose en vista de ello a tomar la alternativa el 28 de septiembre del mismo año en Sevilla, siendo padrino de la ceremonia Chicuelo. Marcial Lalanda se la refrendó en Madrid el 9 de octubre siguiente, cediéndole el toro Ostioncito, de Villamarta.

El Litri, con las ingénitas gallardías de su toreo emocionante, hacía trepidar los cosos al conjuro de las frenéticas ovaciones, y los públicos, trémulos de emoción, sugestionados por su bravura, le empujaban acelerada e inconscientemente más allá de los límites prudenciales, poniéndole al borde del abismo. Porque Manolo Báez, sediento de palmas y avaro de billetes, no estaba formado, «cuajado», y andaba a merced de los toros. Su improvisación tenía muchos puntos de contacto con la del Espartero, y su final fué tan trágico como el del bravo mozo de la plaza de la Alfalfa.

La gloria tenía para sus diecinueve años las sonrisas más prometedoras, y Litri seguía a marchas forzadas su ascensión al Himalaya de la celebridad. Y lo consiguió plenamente al obtener el éxito más formidable de su vida en la corrida celebrada en Madrid el 16 de julio de 1925, conquistando la Oreja de Oro. Cerca del medio centenar de corridas llevaba toreadas aquella temporada, cuando el 7 de septiembre, en Huelva, se interpuso en su camino triunfal un toro, que le dió una gran cornada, perdiendo numerosas corridas.

El 11 de febrero de 1926 se dió en Málaga una corrida con ganado de Guadalets para Marcial Lalanda, Litri y Zurito. El segundo toro cogió a Litri al dar un pase de muleta, infiriéndole una tremenda cornada en el muslo derecho. Días después se le presentó la gangrena y le fué amputado el miembro lesionado. Mas todo fué inútil. Litri moría el 18 de febrero, produciendo el fatal desenlace viva consternación en la afición.



Chicuelo dando la alternativa a Litri

## Manuel Domínguez, DESPERDICIOS

por BARICO



**M**ANUEL Domínguez nació en Gelves el 27 de febrero de 1816. Fué discípulo de Pedro Romero en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, y el maestro dijo de él, al verle interpretar sus lecciones: «Este muchacho no tiene desperdicio». A esta frase de Romero debió Domínguez su apodo, que rechazó siempre y con el que no consintió que se le anunciase.

Por indicación de Pedro Romero, toreó en los años de 1834 y 1835 a las órdenes de Juan León y Manuel Lucas Blanco. El 26 de septiembre de 1836 recibió la alternativa en Zafrá y seguidamente embarcó para América. En 1852 regresó a España y el 10 de octubre de 1853 se presentó en Madrid y confirmó la alternativa de manos de Julián Casas, el Salamquinó.

En la Plaza del Puerto de Santa María, el primer toro de los lidiados el día 1 de junio de 1857, llamado Barabás, de la ganadería de Joaquín Pérez de la Concha y Sierra, le enganchó por el brazo derecho y en un derrote le vació el ojo

del mismo lado. Domínguez, después de la cogida, permaneció en pie algunos minutos contemplando en un pañuelo el ojo vaciado, que él mismo recogió. El Tato, que hizo el paseillo con él, tuvo que despachar los ocho toros.

Falleció en Sevilla el 6 de abril de 1886.

El padre de Domínguez fué un modesto labrador que murió cuando Manuel tenía tres años. El Padré Campos, capellán de las religiosas del convento de la Paz, de Sevilla, recogió al muchacho y a su madre, pues con ellos le unían lazos de cercano parentesco. Pero cuando el muchacho había cumplido los doce años, murió su tío y protector. Fuerza fué dar otra orientación a la vida de Manuel, y éste hubo de entrar, mal de su agrado, en el taller de un maestro sombrerero. Entre los aprendices y oficiales del oficio no habían caído en el olvido las hazañas taurinas de Antonio Ruiz (el Sombrero), y su hermano Luis, y todos, aspiraban a emularlas. Manuel no fué una excepción, y en 1830 ingresó en la Escuela de Tauromaquia en calidad de alumno supernumerario. Llegó a actuar, como queda dicho, en las cuadrillas de León, Blanco y Antonio Ruiz, y en Plazas de poca categoría de Andalucía y Extremadura, fué como segundo espada con Luis Rodríguez. En 1835 toreó como medio espada con Juan León; pero tuvo un choque con su maestro, Juan León prometió venganza al de Gelves y éste decidió embarcar para Montevideo contratado para torear allí veintiocho corridas.

Embarcó en la fragata *Eolo* con los picadores Luis Luque y Carlos Puerto y los peones Torrecillas, Botija y Carnero. Cuando Domínguez había despachado quince corridas, estalló la guerra civil. Eran los jefes de los respectivos bandos Ribera y Ocaña. Los españoles, que carecían de protección consular, tuvieron que tomar parte en la contienda y Domínguez hubo de luchar. El presidente de la República Argentina, general Rosas, tomó partido por Oribe, invadió el territorio del Uruguay y dió fin a la guerra.

En 1840, con motivo de la coronación de Pedro II, se dispusieron grandes festejos en el Brasil, y Domínguez tomó parte en cuatro corridas de Río Janeiro.

Supuso Domínguez que no le sería difícil conseguir permiso del general Rosas para construir en Buenos Aires una Plaza de toros. Embarcó para Argentina y, después de una travesía arriesgadísima, llegó a la República suramericana. Rosas no accedió a lo pedido por Domínguez, y éste se vió obligado a trabajar como capataz en diferentes haciendas, hasta que, en posesión de algunos ahorros, se trasladó a la capital, en la que montó diversos negocios. A la caída del general Rosas, Domínguez embarcó para España en la fragata *Amalia*. El 30 de mayo de aquel año 1852 desembarcó en Cádiz.

Quiso Manuel Domínguez reanudar sus actividades taurinas y juzgó prudente, con el fin de orientarse, visitar a Cúchares en su huerta de Villalón. Curro lo recibió friamente y le recomendó que torear por los pueblos. Comprendió Domínguez que no debía esperar ayuda de nadie. Renunció a su fuero de antigüedad y comenzó a torear con todos los espadas, fueran o no de categoría.

Había perdido muchas facultades, y aunque paraba mucho, carecía de agilidad y era frío toreado. En el otoño de 1852 actuó en Sevilla con Juan Conde y no satisfizo su trabajo; pero en 1853, ya conocidas por él las evoluciones del arte y las preferencias del público, gustó y pudo después alternar con Arjona, Guillén, Manuel Arjona, Juan Lucas Blanco, Julián Casas, Cayetano Sanz, Antonio Sánchez, Manuel Díaz (Lavi), Antonio Luque, José Manzano (Niti), José y Manuel Carmona, José Rodríguez (Pepete), Antonio Conde, Manuel Trigo y otros. Adquirió fama de hombre valiente frente a las reses y a los hombres.

Ejecutó sus más famosas hazañas después de quedar tuerto. Trazaba, en muchas ocasiones, un círculo con la punta del estoque y sin salir de él mataba toros en la suerte de recibir. Se le vió recibir a un toro dándole las tablas y cubriéndole la querencia.

Pero su falta de agilidad era cada vez mayor, y su salud poca. En 1865 tuvo que recurrir a los baños medicinales de Chiclana. En 1866 empeoró, pero continuó toreado. En 1869 toreó sus últimas corridas en Sevilla, con José Lara (Chicorro).

Su pesadez física le impedía practicar suertes que exigían agilidad y garbo; pero dentro de su torpeza de movimientos buscaba el adorno y él fué quien inventó el farol.

Todo lo suplió con su valor sereno y su fuerza de voluntad.

TODO ES SEGUN EL COLOR...

# LOS ESPECTADORES Y SUS GESTOS DE ACUERDO CON SUS PREFERENCIAS EN LA PLAZA

Por CHAVITO

Soy manoletista. Mi ídolo es el cordobés, y para ponerme al nivel de la seriedad de mi torero, me toco con la "mascota", con el sombrero frégoli, como antes se le llamaba; pero tal cual es, sin desfigurarle el alita echándomela sobre los ojos.



Nada me conmueve, nada me asusta, nada me hace perder la tranquilidad ni el sosiego, y por eso, y por Manolete, que es serio y se para, yo pongo gesto serio, de escéptico, y vea lo que vea y me digan lo que me digan, no me río... ni por un cortijo, como aseguran los flamencos.

Yo era de Mazzantini, el primer señorito torero, el primer elegante que en el toreo ha existido.



Me gustaba Mazzantini, no por lo del señorío y la elegancia, sino porque me volvía loco sus quites secos y valientes y sus tremebundos espadaños; pero... me aficioné tanto a la suprema elegancia del elegante torero, que comencé a usar el sombrero hongo, el ya desterrado bombín; y aun lo llevo puesto, a pesar del qué dirán... y de lo que me dicen.

Los demás se meten conmigo y yo les hago la trompetilla y sigo siendo de Mazzantini.

Soy torista y vivo del recuerdo de aquella época en la que por los chiqueros salía siempre el "barbas", el toro hecho y derecho, el toro-toro y no el toro-novillo.



Soy torista y aficionado cien por cien, y cito esta cantidad para ponerme a tono con la subida del precio de las localidades.

Como aficionado uso en los días de corrida el clásico sombrero de ala ancha; y como torista, miro y veo con indiferencia lo que en el ruedo sucede, y siempre digo a mis compañeros y amigos:

—Con ese bicho, también haría yo lo que los toreros hacen.  
(Lamentable equivocación del "torista".)

Soy orteguista, y me exaspero, me sacan de quicio y de mis casillas y soy capaz de matarme con mi sombra en cuantito me discuten a Domingo.



Partidario acerrimo del de Borro, no dejo de ir a la Plaza aunque él no toree, y chilló y me pongo malo y hasta pierdo el "tipo" y la voz en defensa de Domingo, de Ortega, del borojeno.

Ya me conocen, y en cuanto me acerco a una reunión donde se dude de Ortega, los contertulios se dan con el codo y mascullan:

—¡Chitón, que viene el de la boina y ya sabéis cómo se pone!

¡Aquel Vicente Pastor! Recuerdo como si lo estuviera viendo todavía aquella seriedad, aquella valentía, aquel andar fuerte y de pasos largos del ex Chico de la Blusa.



Recuerdo cómo iba hacia los toros, cómo les llegaba hasta la cara, cómo los pasaba de muleta, siempre con la zurda, y cómo se metía en tablas para desengañarles e incluso que se estrellasen contra la barrera.

Era partidario de Vicente, del madrileño, y cubría la cabeza con la gorrilla, y con la gorrilla sigo, aunque en la Plaza me digo muchas veces:

—¡Lo que ha "cambiao" too", Valeriano!

¡Lo que hay que aguantar! No tengo más ilusión que la Fiesta Nacional, ni más gusto que presenciar corridas y más corridas, y a la Plaza voy y de la Plaza salgo desilusionado, triste, sin esperanza de salvación para mi espectáculo favorito.



Veo los toros, veo lo que hacen los toreros; oigo lo que dice el público; admiro lo que soportan los aficionados; escucho lo que se discute y cómo se discute, y cuando me encamino hacia casa, pienso:

—¡La afición que hay que tener y lo que hay que aguantar para no perder la afición!

¡Todo se arreglará! No pierdo la esperanza ni quiero perderla.



Todo tiene arreglo en este mundo, y como la Fiesta de los Toros es lo mejor y más bello del globo, llegará un día en que se la colocará en el rango que se merece, se la hará la justicia que hay que hacerla, volverá todo a su cauce; los toros serán más grandes; los espectadores más entendidos; se hablará y se escribirá con conocimiento de causa, y espero que en plazo no muy largo la Fiesta tendrá el auge y la importancia que siempre tuvo, y eso que miro ayudará mucho.

(Lo que sin duda mira es un número de EL RUEDO pendiente en un puesto de periódicos.)

(Gestos del gran actor Valeriano Ruiz-París.)



# OCHO MATADORES MALAGUEÑOS HA HABIDO EN LO QUE VA DE SIGLO NIÑO de la PALMA, PACO MADRID y LARITA fueron los mas famosos

La afición de los malagueños a la fiesta de los toros data desde muy antiguo. Después de Sevilla, Málaga es la ciudad andaluza en donde más corridas de toros se celebran durante todo el siglo XIX y en el primer tercio del siglo actual. Su Plaza de Toros, enclavada en uno de los más bellos parajes de la ciudad, teniendo a sus espaldas la luminosidad de las aguas mediterráneas, está considerada también como una de las más bonitas de España, y fué construída en la primera mitad del siglo XIX. Esta Plaza, más tarde restaurada en su forma y cabida actual, fué inaugurada por el famoso matador El Gordito.

El público de Málaga ha sido siempre muy exigente con los toreros que pisaban su Plaza, y según ha dicho uno de los mejores críticos taurinos de España, el famoso Bachiller González de Rivera, el aficionado malagueño no era sólo exigente, sino que poseía además una clara y ponderada inteligencia para juzgar a los toreros que desfilaban por La Malagueta. Dentro de su recinto, ¿qué torero famoso no ha sabido de las duras críticas —en sus tardes o graciadas— del famoso grupo del tendido número 7?

Y, sin embargo, a pesar de que los chicos de los popularísimos barrios del Perchel, la Trinidad y la Victoria tenían como diversión favorita "jugar al toro", Málaga no ha tenido ninguna extraordinaria figura del toreo que la representara y aureolara su nombre por los rúedos de España. Hagamos abstracción de los Romero, de Ronda, por aquello que dicen —que nosotros no lo creemos— de que crearon una escuela, la rundeña, que se nutrió de ellos, y en ellos murió. Hubo, eso sí, algún que otro meteoro fugaz, tal cual aerolito y un cometa, que parecía que iba a derribar todo el planeta taurino, pero que terminó derribándose a sí mismo. Y en total, esa es la verdad, muy pocos matadores de toros. Ninguno en el siglo XIX. Solamente ocho en los años que han transcurrido del actual.

El primer matador de toros malagueño surgido en el siglo fué Paco Madrid. Desde sus comienzos mostró como un seguro, certero y fácil estoqueador. Tenía además una buena planta de torero, y como encontró en seguida el tranquilo de matar a los toros, entrando por de echo y derribándolos siempre de magníficas estocadas, pronto su figura se hizo popular. Pero si como matador tuvo una calidad y una eficacia demostrada en sus actuaciones, como torero la decoración variaba. Era basto, torpón, andaba siem-

Larita, ya en sus últimos tiempos, dando la vuelta al ruedo, después de una gran faena en la Plaza de Madrid



Un pase de muleta del Niño de la Palma, en su primera época de matador de toros, en la Plaza de Alicante

Y en verdad que a él podían aplicársele también los versos de José Carlos de Luna:

*A chuflla lo toma la gente  
y a mí me da pena.  
¡Y me causa un respeto imponente!*

A chuflla lo tomó la gente, porque a chuflla se tomó él a sí mismo, cuando con un poquito de seriedad nada más por su parte podría haber ocupado un puesto más digno en el escalafón taurino de su tiempo.

Y por último, años más tarde, surge el cometa taurino malagueño Cayetano Ordóñez, el Niño de la Palma. Su aparición, en un momento en que la fiesta apenas contaba con un rey que la dirigiera y la encauzara, despertó la más cálida esperanza. Pero él mismo, con sus actuaciones desiguales, con su medrosidad característica, con esa su desgana e indolencia, que llegó en algunas temporadas a colmar y exasperar la paciencia de los aficionados, fué el causante de su rápido descenso. Cayetano Ordóñez poseyó una intuición y una inteligencia taurina extraordinarias; estaba en posesión de un arte clásico, sobrio, auténtico. Y cuando los puso a prueba, aunque sólo fuera con cuentagotas, los años 1926 y 1927 toreó más que nadie, pues despachó 78 y 65 corridas, respectivamente. Después... dejó de ser de Ronda y llamarse Cayetano...

La lista de los ocho matadores malagueños habidos en el siglo es la siguiente:

Francisco Madrid. Nació en Málaga el 4 de octubre de 1884. El 15 de septiembre de 1912, El Gallo le concedió la alternativa en Madrid, cediéndole el toro Taconero, de Benjumea.

Matías Lara (Larita). Nació en Málaga el 18 de marzo de 1887. Paco Madrid le dió la alternativa en Málaga el 1 de septiembre de 1914. Los toros fueron de Nandín.

Francisco Peralta (Facultades). Nació en Antequera el 14 de abril de 1901. Tomó la alternativa en Barcelona el 2 de julio de 1922. Chicuelo le cedió el toro Decoroso, de Murube.

Bernardo Muñoz (Carnicerito). Nació en Málaga en 1894. Tomó la alternativa en Málaga el 1 de agosto de 1920. Rafael, el Gallo, le cedió la muerte de Alevoso, de Domecq.

José Gómez (Joséito de Málaga). Nació en Málaga en 1900. Sánchez Mejías le dió la alternativa en Málaga el 17 de octubre de 1920, al cederle el toro Dilantero, de Flores.

Cayetano Ordóñez (Niño de la Palma). Nació en Ronda el 4 de enero de 1904. Belmonte le dió la alternativa en Sevilla el día 11 de junio de 1925, con toros de Suárez.

Manuel Díaz (Torero de Málaga). Nació en 1903. Tomó la alternativa en Málaga el 3 de abril de 1928, de manos de Chicuelo y con toros de Villamarta.

Andrés Mérida. Nació el 25 de mayo de 1905. Tomó la alternativa el 20 de abril de 1930, en Sevilla, de manos de Chicuelo, con toros de Casal.

LUIS GARCIA NAVAS

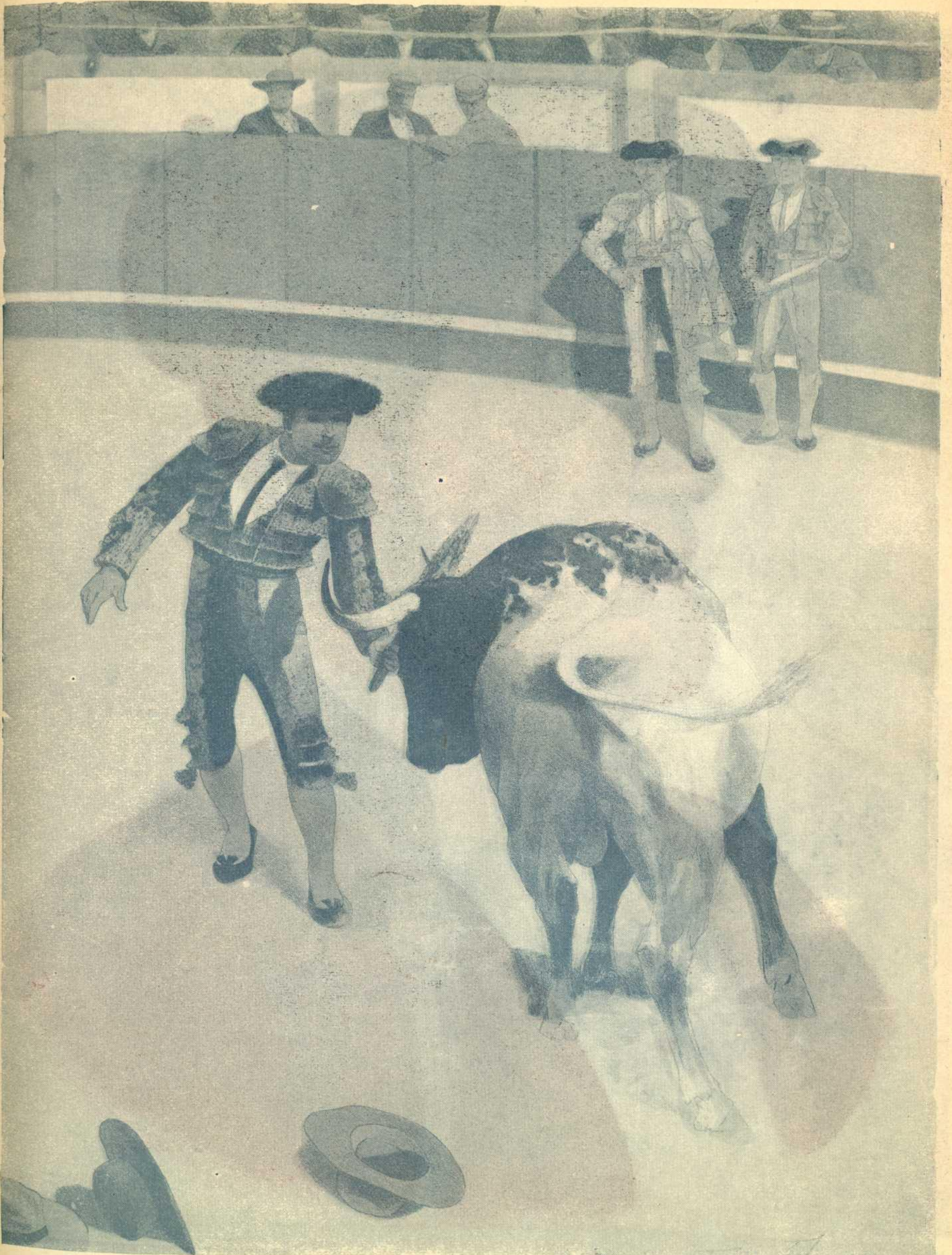


Paco Madrid, en una de sus tardes triunfales, recogiendo las ovaciones de los aficionados en la Plaza de Madrid

pre indeciso y apenas sabía adornarse con la capa y la muleta, y de ahí el que, a pesar de que mataba casi siempre de una manera irreprochable, los entusiasmos que se levantaron en los momentos iniciales de su carrera se fueran apagando poco a poco, hasta el extremo de que tres años después de tomar la alternativa descendió considerablemente su cotización, y a partir de entonces sus actuaciones fueron espaciándose y reduciéndose cada vez más, hasta desaparecer totalmente de los carteles taurinos. Rafael, el Gallo, le dió la alternativa en Madrid el año 1912. Este mismo año había tomado parte en treinta y cinco novilladas. Durante los años 1913 y 1914 tomó parte en cuarenta y cinco y cincuenta corridas de toros, respectivamente, y al año siguiente bajó a poco más de quince. Su última corrida la toreó en Málaga, el año 1937, en compañía de Ortega y Pascual Márquez.

De la misma promoción que el anterior es otro torero malagueño, Matías Lara (Larita). Un poco más viejo en el oficio que Paco Madrid, pues Larita vistió por primera vez el traje de luces el año 1904; pero hasta el año 1912 su nombre no empezó a ser conocido por los públicos españoles. Larita conocía a fondo todas las suertes del toreo, y las practicaba con arte y gracia, amén de un valor extraordinario. Pero Larita, con su figura gordozu la y flamenca, apenas daba importancia a lo que hacía, y sus donaires y ocurrencias cómicas ante los toros más daño le hicieron a él que las cornadas —que no fueron pocas, ni pocas— que recibió en el transcurso de su vida torera.





Recorte en banderillas.  
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Manuel Domínguez, Desperdicios.

Realizado en España  
(Diseño de Torres)